

María Zambrano y la poesía como conocimiento de sí mismo, como experiencia del presente y como apertura a la libertad

Carlos Arturo Pulgarín Echavarría

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía

Maestría en Filosofía

Bucaramanga

2022

María Zambrano y la poesía como conocimiento de sí mismo, como experiencia del presente y
como apertura a la libertad

Carlos Arturo Pulgarín Echavarría

Trabajo de Grado para Optar al Título de Magister en Filosofía

Director

Alonso Silva Rojas

Doctor en Filosofía

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía

Maestría en Filosofía

Bucaramanga

2022

Dedicatoria

Estas palabras concatenadas están dedicadas a todos aquellos a quienes la razón poética los abstrae de su cotidiana realidad, recibiendo de ella, la posibilidad de conectarse con su ser-ahí en un vivir de forma diferente y placentera, haciendo de cada instante de revelación un iluminar de su existencia.

Agradecimientos

A mis profesores de la Escuela de Filosofía de la Universidad Industrial de Santander, quienes con sus conocimientos me orientaron en el desarrollo de este trabajo.

Tabla de contenido

	Pág.
Introducción	8
1. La poesía como conocimiento	13
1.1 La palabra como imagen humaniza	15
1.2 La poesía como unificadora del quehacer humano	23
1.3 El pensarse como ser desde la dual	31
2. La razón poética como tiempo humano que permite sentirse	41
2.1 La poesía como tiempo llegado	42
2.2 Escribir: acto de salvación de la palabra	48
2.3 La palabra como instante sagrado	51
2.4 La poesía: posibilidad del lenguaje poético	53
2.5 La metáfora como verdad transitoria	57
2.6 La crisis: un alejamiento de la dimensión espiritual	61
3. La poesía un comprender la existencia: un vivir en libertad	65
3.1 El lenguaje poético crea en libertad	65
3.2 Lenguaje poético: silencio que produce vida	71
3.3 Lenguaje poético: silencio que produce vida	77

MARÍA ZAMBRANO Y LA POESÍA COMO CONOCIMIENTO

5

Conclusiones

87

Referencias Bibliográficas

95

Resumen

Título: María Zambrano y la poesía como conocimiento de sí mismo, como experiencia del presente y como apertura a la libertad.

Autor: Carlos Arturo Pulgarín Echavarría.

Palabras clave: Zambrano, razón poética, poesía, logos, libertad, sí mismo, pasiones, humano.

Descripción.

La filosofía y la poesía han sido cultivadas por muchos pensadores, pero normalmente procurando no mezclarlas, sin embargo, estas pasiones no son antitéticas, por el contrario, lo dual razón y emoción, se conjugan en el ser, siendo el punto de partida y el punto de llegada de la existencia humana. La tarea es descifrar lo complejo, misterioso y vital que desafía al pensamiento. Sentir la palabra en libertad, sin desafiar la razón, es pensar y vivir de forma simultánea la existencia como un sentir-se. El pensar poético le ha permitido al hombre crear conocimiento, sentir su finitud existencial como puerta a la libertad, desocultando su acontecer diario, esta propuesta se abordará desde el pensamiento de María Zambrano. La cual, con su razón poética, toma distancia de la razón lógica, ambas, sensación y razón, se desplazan por diferentes caminos y al final, en la palabra, tienen un punto de encuentro: el conocimiento, experiencia y libertad. Lo poético desde lo sensible y lo teórico desde la razón. De esta forma, desde la poesía y la filosofía el ser humano puede develar su realidad, la primera lo hace haciendo uso de la intuición y las sensaciones, y la segunda desde el método filosófico. La poesía le ha entregado al ser una apertura que transforma desde el deslumbramiento, la escisión cartesiana de la vida moderna, reincorporando la palabra a los dominios del discurso.

Abstract

Title: María Zambrano and poetry as knowledge of oneself, as an experience of the present and as an opening to freedom.

Author: Carlos Arturo Pulgarín Echavarría.

Keys words: Zambrano, poetic reason, poetry, logos, freedom, himself, passions, human.

Description.

Philosophy and poetry have been cultivated by many thinkers, but usually trying not to mix them, however, these passions are not antithetical, on the contrary, the dual of reason and emotion, are combined in being, being the starting point and the arrival point of human existence. The task is to decipher the complex, mysterious and vital that defies thought. To feel the word in freedom, without challenging reason, is to simultaneously think and live existence as a feeling-oneself. Poetic thinking has allowed man to create knowledge, feel his existential finitude as a door to freedom, revealing his daily events, this proposal will be approached from the thought of María Zambrano. Which, with its poetic reason, distances itself from logical reason, both, sensation and reason, move along different paths and in the end, in the word, they have a meeting point: knowledge, experience and freedom. The poetic from the sensitive and the theoretical from reason. In this way, from poetry and philosophy the human being can reveal his reality, the first does so by using intuition and sensations, and the second from the philosophical method. Poetry has given him to be an opening that transforms from the dazzle, the Cartesian split of modern life, reincorporating the word to the domains of discours.

Introducción

Es normal asociar el conocimiento a la ciencia o a la filosofía, sin embargo, este trabajo camina por tres espacios del sentir-se humano, creados desde el pensar poético de la filósofa María Zambrano: *La poesía como conocimiento del ser*, *La razón poética como tiempo humano que permite sentir-se* y *La poesía un comprender la existencia: un vivir en libertad*. Es posible sentir un interrogante fuerte y quizás inalcanzable ante esta propuesta, pero en el recorrido se encontrará no solo la cercanía del pensar poético a la belleza, sino también al conocimiento.

El filósofo usa de forma normal el concepto “problema”, como algo desconocido, que inquieta y provoca dilucidar a partir del método, pero que puede también quedar archivado en el tiempo. Para el poeta, en cambio, “problema” es enigma de la existencia misma. Reto que no da espera, llega al hombre en lo dual logos-sensaciones para ser abordado en el instante, en ese instante de silencio que antecede a la palabra. La poesía es revelación del instante, devela lo escondido en el ser del hombre para aflorarlo en forma de lenguaje y hacerlo verbo concatenando interpretaciones sucesivas y coherentes.

Desde la antigüedad los filósofos presocráticos tematizaron al ser humano fijándolo en diversas expresiones artísticas. Le dieron intensión estética al verbo, lo llevaron a actuar como expresión de la voluntad del ser, legitimando en igualdad las dos formas de posibilidad del logos: la razón y la palabra; dejando viva la relación del hombre con la palabra, alejándola del plano del discurso teórico.

En *La República*, Platón estigmatizó algunos poetas, aquellos a los cuales consideró que sus obras tenían como base la fantasía y falsos mitos; solo aceptaba la poesía encaminada a una labor netamente educativa, en la ciudad ideal, es decir, poetas que cantaran himnos al Estado y no a la tiranía. En el siglo XVII, la conciencia cartesiana y el individualismo parcelaron la realidad

del hombre exterior e interiormente. El ser humano se convierte en nómada con poder para violentar el objeto desde su calidad de sujeto. Es en ese momento cuando la ciencia sienta sus bases y la tecnología inicia su caminar. El hombre deja de ver la naturaleza como fuente de sostenimiento y ve en ella fuente de riqueza, la unidad del hombre con el planeta desaparece lentamente y el resplandor de la razón lo enloquece. La existencia se vuelve cuantitativa, la *res pensante* de Descartes allana una realidad que el hombre solo observará a medias. La escisión (*res pensante - res extensa*), afianzó la degradación del hombre, inhabilitándolo a vivir una existencia plena. La realidad como expresión de voluntad del ser lo llevó a crear sus propias sombras. En este mundo podría tenerlo todo, no tenía que aplazar nada para el próximo, como la religión o la moral se lo habían enseñado; era autónomo y podía ser como Dios: creador y desde la voluntad lograr la libertad, de esta forma el hombre se empoderaba de su existencia y la razón de producir su realidad.

La filosofía y las artes han sido cultivadas por muchos filósofos, pero siempre procurando no mezclarlas, sin embargo, estas pasiones no son antitéticas, por el contrario, son el punto de partida y el punto de llegada de la existencia humana. Es un error, pretender conocer la realidad o las realidades humanas separando de forma intencional estos aspectos inseparables del ser. Los grandes temas de los que se ocupa la filosofía: la vida, el mundo, el bien, la divinidad, la muerte, la belleza y el amor, también son temas que aborda la poesía desde palabras comunes: amor, iluminación, descubrimiento, dolor, consuelo, ...verdad, sin ellas, la poesía no es nada. Cuando los recursos de análisis y observación son limitados, la racionalidad, la lógica y la matemática entregan inferencias refutables y no entregan respuestas permanentes, es allí cuando la ciencia y la filosofía hacen uso de la imaginación, la creatividad como recurso metodológico genera armonía, une la ciencia, la filosofía y la poesía. Vivir desde la razón lógica, es tomar distancia de las emociones, es para el filósofo la ruta apropiada para generar conocimientos duraderos y confiables, pues

considera que las emociones contaminan su objetividad. Pero ¿será posible para el filósofo eliminar por decreto sus emociones, dejar de sentir asegura conocimientos duraderos? Los seres humanos pueden construir existencia y calidad de vida a partir de las pasiones y emociones, y de esta composición dual, intrínseca del ser, intelecto-emoción, no están excluidos los filósofos.

Las palabras del poeta como forma de comunicación transforman, recrean, llenan el ser-ahí y logran trascender el tiempo humano. En el momento de ser entregadas por el poeta, todos pueden participar de ellas, es una comunicación que supera los límites de la cotidianidad en el tiempo finito del ser. Es un intercambio que ofrece y enfrenta a lo indecible con palabras comunes, es por lo que, el poeta como el filósofo contribuyen a la transformación y al sentir-se en presente como tiempo humano puro, envuelto en palabras e imágenes que se desatan del mundo y le dan sentido a cada instante de la vida. El presente como tiempo de vida está soportado en las emociones, cuando el ser humano deja de sentir las, se desvanece su existencia y sus intenciones de conocimiento desaparecen. El tiempo de la poesía, eterno y sensible, envuelve el tiempo humano finito en un sentir-se entendido como el ahora, este llega con conocimiento finito, el cual deslimita y permite expandir la existencia sin miedo, desde las emociones sentidas.

Puede decirse, entonces, que el pensar poético le ha permitido al hombre crear conocimiento, sentir su finitud existencial como puerta a la libertad desocultando su acontecer diario.

Precisamente, a escudriñar con mayor profundidad esta proposición y a reflexionar sobre sus alcances está dedicada esta investigación. Este objetivo se abordará desde el pensamiento de la filósofa María Zambrano, quien, con su razón poética, toma distancia de la razón lógica. Efectivamente, para la filósofa, palabra y razón, se desplazan por diferentes caminos y al final, en la palabra, tienen un punto de encuentro: el conocimiento. Lo poético desde lo sensible y lo teórico

desde la razón. De esta forma, desde la poesía y la filosofía el ser humano puede develar su realidad, la primera lo lleva a cabo haciendo uso de la intuición y las sensaciones, y la segunda a través de la aplicación del método filosófico.

En este sentido, las preguntas que orienta este ejercicio investigativo son ¿cómo y en qué medida la poesía modifica la forma de ver la verdad solamente desde la razón?, ¿Qué conocimiento logra la poesía sobre asuntos fundamentales de ser humano como el ser, el sentir-se y la libertad que trasciende la perspectiva meramente racional? El enfoque estará dado por una reflexión a partir de textos de María Zambrano.

Así las cosas, este trabajo estará conformado por tres capítulos: **La poesía como conocimiento del ser, la razón poética como tiempo humano que permite sentir-se y la poesía un comprender la existencia: un vivir en libertad.** Las obras de María Zambrano desde las cuales se llevará a cabo la reflexión son, en concreto: *Filosofía y Poesía, El hombre y lo divino, Claros del bosque, Hacia un saber sobre el alma, Los bienaventurados, La razón en la sombra*, entre otros. Además, se hará uso de referencias secundarias de pensadores como Platón, Descartes, Ortega y Gasset, Nietzsche, Heidegger y Bachelard, entre otros, que de una u otra forma se acercan o se alejan del pensamiento de Zambrano.

En el primer capítulo: **La poesía como conocimiento del ser**, se pretende mostrar cómo Zambrano integra lo indecible, des-vela lo esencial que encuentra en el silencio y la palabra. La poesía es acción, es un anticiparse a lo que la filosofía trata de conceptualizar. Toma prestada la palabra, la simboliza, la entrega en afectos y pasiones. La palabra vibra más allá de la palabra, se aleja para expresar emociones que trascienden y permiten contemplar en el verbo el espíritu humano. La palabra en íntima reflexión fluye hacia conocimiento capaz de revelar a través del silencio escrito la existencia del ser.

En el segundo capítulo: **La razón poética como tiempo humano que permite sentir-se**, se mostrará cómo para Zambrano, la poesía genera experiencia del presente que el poeta acepta; éste por vocación se entrega a momentos oscuros, se revela y busca en el lenguaje esa palabra perdida que le muestra lo humano, su finitud que empieza en cada amanecer. Desciende hasta sus entrañas desde las palabras en presente, se unta de símbolos perceptibles que germinados del silencio hacen de su realidad una maravillosa posibilidad de vida. El pensamiento más leve encierra la probabilidad de grandeza, lo obliga a dirigir la mirada y sus demás sentidos, sin pretender una verdad duradera.

Por su parte, el tercer capítulo: **La poesía un comprender la existencia: un vivir en libertad** se mostrará cómo para Zambrano, la poesía, es apertura. En ella, el poeta no busca razones para hacerse preguntas como el filósofo, en su lugar se libera de dicha persecución, añorando su estado inocente donde no cargaba ninguna culpa y tampoco era devorado por la nostalgia. En soledad se desplaza por la intimidad de formas sagradas, se entrega al silencio para despertar-se. Embriagado de la palabra, no necesita dioses, su realidad vive detrás de ellos, en el silencio mirado desde lo humano. La palabra hecha verbo es el fin de la persecución de su delirio y el inicio de un fluir íntimo de libertad.

1. La poesía como conocimiento del ser

Sentir la existencia es ir hacia
el conocimiento del ser hecho verbo.

(Pulgarín)

En este capítulo, se pretende mostrar cómo Zambrano toma prestada la palabra, la simboliza, la entrega en afectos y pasiones, encuentra en ella y en el silencio un anticiparse a lo que la filosofía trata de conceptualizar. La palabra en íntima reflexión fluye hacia conocimiento capaz de revelar a través del silencio escrito la existencia del ser y contemplar en el verbo el espíritu humano. Desde el lenguaje, el poeta persuade al lector de la existencia de una verdad finita. El lenguaje poético lleva al lector a su mundo cognitivo para que se descubra y comprenda en una perspectiva más profunda de sí mismo. Desde la contemplación intuitiva del lenguaje se reconoce y construye conocimiento de su realidad. El capítulo está dividido en tres partes: *La palabra como imagen humaniza*, *La poesía como unificadora del quehacer humano* y *El pensarse como ser desde lo dual*.

Para Zambrano, filosofía y poesía han buscado a lo largo de la historia anidar en el alma del hombre. Ambas, desde aparentemente diferentes direcciones buscan en angustia; la filosofía lo hace desde su historia universal, guiada por un método, el filósofo encausa su existencia en buscar lo permanente, aquello que lo lleve a una verdad universal, a un conocimiento firme “que en nada se apoya y todo viene a apoyarse en él. La aspereza del camino y la renuncia ascética ha sido largamente compensada” (Zambrano, 2005, p.12). La poesía en cambio, desde lo individual de

cada ser, camina hacia su encuentro. El poeta aferrado a las apariencias, a sus fantasmas y a palabras donadas en el umbral de su existencia vencida, se hace esclavo de la palabra, logrando en delirio alcanzar la lucidez. Siente en el tiempo el cambio de cada cosa y sin renunciar a las apariencias logra conocimiento, no firme ni universal, de una forma diferente:

De no tener vuelo el poeta, no habría poesía, no habría palabra. Toda palabra requiere un alejamiento de la realidad a la que se refiere; toda palabra es, también, una liberación de quien la dice. Quien habla, aunque sea de las apariencias, no es del todo esclavo; quien habla, aunque sea de la más abigarrada multiplicidad, ya ha alcanzado alguna suerte de unidad, pues que, embebido en el puro pasmo, prendido a lo que cambia y fluye, no acertaría a decir nada, aunque este decir sea un cantar (Zambrano, 2005, p.14).

Para Zambrano, la filosofía y la poesía nacen a partir de una actitud de asombro, desde ambas se generan incertidumbres, sin embargo, ante estas actitudes se van por diferentes caminos. La filosofía construye desde la pregunta problema y su argumentación, buscando establecer o lograr conocimiento de la realidad, mientras que la poesía presenta esas actitudes desde la perspectiva de la realidad del poeta, sin ofrecer argumentos de apoyo, pues ella no debe verse como un discurso que busque justificar y producir un conocimiento duradero. Para la filosofía sin justificación, argumentación e investigación no se logra conocimiento. Desde el lenguaje, el poeta persuade al lector de la existencia de una verdad finita. El lenguaje poético lleva al lector a su mundo cognitivo para que se descubra y comprenda en una perspectiva más profunda de sí mismo. Desde la contemplación intuitiva del lenguaje se reconoce y construye conocimiento de su realidad.

El lenguaje muestra la realidad de la existencia diaria, ella con frecuencia se oculta y se olvida. Su validez no depende del reconocimiento que se le quiera dar, él depende de la capacidad del lector para valerse de ella, para participar de su verdad poética, visible, temporal y dispersa en lo efímero. El conocimiento con su presencia despierta, asiste al hombre en su realidad. Así como la felicidad y la muerte están allí sin ser percibidas, llegan al ser en el instante de descubrirse a sí mismo.

La poesía camina extraviada, oculta, grita verdades inconvenientes nacidas de su rebeldía. El ser humano desde la razón ha tenido la necesidad de manifestarse y ha vivido su existencia desde dos caminos irrenunciables. Desprendiéndose de Platón, no existe disparidad entre pensamiento filosófico y poesía, la salida de este conflicto permitirá de forma sencilla sentir la vida en espontaneidad, locura y conocimiento creciente. El pensamiento situado en el hombre, en el abismo de la nada, mantendrá su existencia en lo humano, mientras la poesía vivida en el ser, mantendrá su existir en lo divino, logrando así la existencia humana el dualismo imperfecto de lo humano y lo divino como ha debido ser desde el principio. María Zambrano resucita esta disputa e inclina esta vez la balanza hacia la poesía, pues “nació para ser la sal de la tierra y grandes regiones de la tierra no la reciben todavía. La verdad quieta, ...todavía no la recibe... el logos se hizo carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad” (Zambrano, 2005, p. 16). Estas dos formas de conocimiento, que discurren por senderos independientes son incompletas; en la filosofía existe el hombre universal, en la poesía se encuentra el hombre en su individualidad. La filosofía es búsqueda, método; la poesía es hallazgo, un encuentro desde la gracia.

1.1 La palabra como imagen humaniza

A lo largo de la vida, la palabra se presenta al hombre para mostrarle la capacidad que tiene de pensar y de comprender todo aquello que ella entrega. Desde el origen y gracias a ella, el hombre aprende a comunicarse, a relacionarse con el otro, a cuestionar sucesos, a entender el universo y a comprender el espacio que habita. El logos llega desde la palabra para ser razonada y sentida. La relación entre arte y vida es la base metafísica en la que, por ejemplo, Nietzsche se apoya para trabajar la relación entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Una relación directa, la vida le da origen al

arte y el arte le entrega horizontes a la vida. Es el arte en este caso una descarga positiva que revitaliza y potencializa la vida, de tal forma que se crea un círculo vicioso, “el arte se fundamenta en la vida, de tal manera que el arte por su parte fundamenta también la vida misma” (De Santiago, 2004, p. 324).

Hay que decir, además, que no sólo Zambrano encontró en la palabra una forma de caminar hacia el conocimiento, Heidegger (1945), expresa que en el lenguaje el hombre encuentra su morada, su espacio esencial. A pesar de que la razón desplazó el sentir a un segundo plano, es ese sentir el que permite al ser vivir su aquí, ese aquí no es más que el ahora construido desde la palabra y la imagen que ella trae, permitiendo que ese sentir razonado genere la capacidad de asombro y es el asombro el que produce el espacio donde se genera la pregunta. Es ese instante de asombro el que da origen a la búsqueda de conocimiento. Las palabras generan asombro. El suceder del mundo llega en la palabra, para llevar al ser a comprender aquello que se presenta en el aquí. Sentir la existencia es ir hacia el conocimiento del ser hecho verbo, la palabra en diálogo posibilita sentir la esencia del ser. Como origen, crea desde el lenguaje poético la necesidad de ir hacia la trascendencia del ser, desde un conocimiento finito, no duradero, ni universal. La palabra camina erguida para habitarse en el mundo, crea vínculos capaces de transmitir sensaciones, permitiendo a los hombres convivir consigo mismo y con los demás, en un escenario donde el lenguaje es el mediador, el puente que permite unir las orillas de dos seres, “(...) es la casa del ser. En su morada habita el hombre” (Heidegger, 1945, p.11).

Filosofía y poesía, razón y sentir, abren puertas hacia la realidad. El lenguaje en unión con el pensamiento le permite al hombre sentir la realidad que lo rodea. Razonar y sentir desde la palabra hecha lenguaje poético, permite construir vínculos que dotan el habitar del ser de sentido y significado:

El pensar lleva a cabo la relación del ser con la esencia del hombre. No hace ni produce esta relación. El pensar se limita a ofrecérsela al ser como aquello que a él mismo le ha sido dado por el ser. Este ofrecer consiste en que en el pensar el ser llega al lenguaje (Heidegger, 1945, p. 11).

En palabras de Gadamer (1992), “El conocimiento de nosotros mismos y del mundo implica siempre el lenguaje” (p. 147). La palabra hecha lenguaje y pensamiento surge de forma secuencial en el hombre, de ellos la imagen y la sensación, son en relación íntima los elementos que acercan al ser al conocimiento de su realidad habitada. La palabra como un pensarse, permite transformar, evolucionar y traspasar fronteras, mediante la comprensión de horizontes que están en su aquí. “El pensamiento, al expresarse en una imagen nueva, se enriquece enriqueciendo la lengua. El ser se hace palabra. La palabra aparece en la cima psíquica del ser. Se revela como devenir inmediato del psiquismo humano” (Bachelard, 1994, p. 11). La imagen precede al sentir y este último humaniza al ser desde la posibilidad de pensamiento como lenguaje. La palabra hecha poesía, permite el intercambio de sensaciones, crea conocimientos y vínculos humanizantes entre los seres, dando sentido a la existencia humana.

De esta manera, de la necesidad de encontrarle sentido al vivir diario surge la poesía. Ella replica la palabra, la hace imagen conocida, produce acción en ese momento de ruptura, cuestiona y entrega apertura a un conocimiento nuevo, a la realidad de ese instante. Ella taladra, socava y corroe la acostumbrada inflexibilidad que atada a la razón avanza lentamente, sin que parezca afectar al ser. Estar largo tiempo privado de sentir ha hecho que el ser humano se rodee de una densa oscuridad, la haga suya y oculte en ella su consciencia. La poesía entrega luz a la oscuridad diaria, esperanza para vivir la realidad del mundo. La esperanza es vital en la existencia humana, ella es mucho más que un sentir, existe para que el hombre trascienda, y se apropie de su ser ahí.

La palabra poética evoca silencio en el instante de proximidad de la creación. Desde ella se crea vacío y ausencia, hace aparecer el tiempo que a cada instante desaparece. El gusto y el placer

que produce la poesía, no está en las apariencias o en las imágenes creadas por el poeta, está en la imaginación creada desde la palabra al ser leída y entendida. Ella no tiene por objetivo llevar al hombre por caminos de realidad cotidiana, ella, por el contrario, debe llevarlo hacia la inestable y evasiva realidad y ello se logra sintiendo el silencio, ese instante desde donde todo fluye. La palabra poética no busca duplicar la realidad, ella conduce a su presencia y le permite al hombre desmarcarse de la realidad para hallar su lugar en ella. La palabra poética transparente, libera, tiene como función verdadera el conocimiento.

El conocimiento poético, sin embargo, no es reduccionista, al contrario, permanece atento a los más íntimos detalles de la realidad, es por ello que rechaza someter la realidad a principios abstractos. En palabras de Zambrano (1955), “realidad es no sólo la que el pensamiento ha podido captar y definir sino esa otra que queda indefinible e imperceptible, esa que rodea a la conciencia, destacándola como isla de luz en medio de las tinieblas” (p. 175). Este conocimiento se ofrece solo a aquel que ha creado en su interior apertura a todo lo real. Esta verdad de la vida no se alcanza de forma violenta, ella se muestra sin esfuerzo. A través de la razón poética aparece, se devela, se descubre, brota de forma inagotable: es encuentro.

La poesía, para Zambrano, genera movimiento, rompe la realidad ordinaria y cotidiana que rodea al ser. Faculta la imaginación a un actuar transformador, que permite el trascender de la existencia humana. La imaginación, impulsada por la palabra poética, habilita al pensamiento hacia un cambio de tejido espiritual. La esencia de cada hombre habita en su ser para transformarse y recrearse en el instante presente.

La poesía, entonces, proviene de lo humano, del silencio guardado entre cada palabra germina el lenguaje poético, avanza nocturno derramando trascendencia, presintiendo la creación

cargada de intimidad insaciable, conduce a descubrir la realidad en la aurora de la palabra. Es por ello que el poeta cuida la palabra y en su espesura transmutada vive por ella.

Para Zambrano (2005), el poeta salva la palabra, ella le permite alcanzar la unidad, sin generar violencia sobre las apariencias. La verdad alcanzada es diferente a la unidad que logra el pensamiento, pues es una verdad donada, regalada y frágil, a diferencia de la verdad absoluta que busca la filosofía después de un duro y exigente esfuerzo personal, “De ahí ese temblor que queda tras de todo buen poema y esa perspectiva ilimitada, estela que deja toda poesía tras de sí y que nos lleva tras ella; ese espacio abierto que rodea a toda poesía” (p.14). Mientras que la unidad del filósofo aspira a ser única, excluyente de toda apariencia y error, la unidad a la que aspira el poeta es humilde y misericordiosa, sin renunciar a nada, “(...) en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás. El poeta saca de la humillación del no ser a lo que en él gime, saca de la nada a la nada misma y le da nombre y rostro” (p.15), sin desprenderse de las apariencias, ni de sus fantasmas, a través de la palabra capta el ser y la verdad.

Según Zambrano, Platón sacó avante el pensamiento filosófico, llevando la poesía a la marginalidad. La condenó argumentando que ella es mentira y falacia. La condenó en nombre de la verdad. El enfrentamiento en el pensamiento griego fue ganado por la filosofía, dejando la poesía marginada por “la fría claridad del logos filosófico” (Zambrano, 2005, p. 16). Para la filosofía la poesía es la traición del logos a sí mismo, “(...) la poesía aunque palabra no era razón” (Zambrano, 2005, p. 21). Las palabras de los poetas, para Platón, son, según la filósofa, palabras irracionales que se revuelcan en la inmediatez del presente, el poeta

traiciona la razón usando su vehículo: la palabra, para dejar que por ella hablen las sombras, para hacer de ella la forma del delirio. El poeta no quiere salvarse; vive en la condenación y todavía más, la extiende, la ensancha, la ahonda. La poesía es realmente el infierno. (Zambrano, 2005, p. 22).

Para esta filósofa, esta crítica platónica no disminuye sino que, por el contrario, exalta la vocación de la poesía, puesto que ella siempre se ha opuesto a la esperanza de la razón, a través de

su esfuerzo, sin renunciar a sus fantasmas ni a las apariencias, solo busca alcanzar el ser. La filosofía renuncia a todo y se queda con las ideas para llegar al ser, haciendo que el filósofo viva en continua alerta, vigilando y cuidando, debido a que “tiene un comienzo de algo imperecedero y que, sin embargo, depende para su logro de que él lo logre. Porque el filósofo siente que se le ha dado, junto con la vida, una reminiscencia.” (Zambrano, 2005, p. 23).

Para María Zambrano, sin embargo, ha habido intentos por enlazar filosofía y poesía. Por ejemplo, desde la filosofía, Walter Benjamín busca la forma de relacionar la experiencia pasajera y el conocimiento duradero, ambos como verdad

podrían explicar las cuestiones que toda teoría del conocimiento, según Benjamín, debía explicar: la cuestión relativa a la certeza de un conocimiento duradero; y la cuestión relativa a la dignidad de una experiencia que es pasajera. Dignidad de la tradición y de la historia, del sentir del cuerpo y de la consideración de lo sagrado. Las relaciones entre filosofía y poesía responderían entonces al interés filosófico universal que radica simultáneamente, como decía Benjamín, en la validez intemporal del conocimiento y en la certeza de una experiencia temporal, o, en palabras de Zambrano, en la verdad de la razón y la de la vida (Linding, 2009, p.183).

Y es desde esta búsqueda de superación de la desafortunada falta de contacto entre filosofía y poesía que nace en Zambrano la siguiente pregunta, ¿Podrá el poeta entender todo lo aprendido por la filosofía en su alejamiento y llevarlo de forma lúcida a su instante poético?

Desde la visión de María Zambrano (2005), la filosofía nace de la conjugación la admiración y la violencia que aun siendo fuerzas opuestas juntas no se destruyen. El filósofo sale a buscar y a perseguir “algo que no tenemos” (p.11), algo que aparentemente no nos entrega su presencia y que “necesitamos tener” (p.11). Aferrados a un método, los filósofos buscan la verdad, esa verdad que en su sentir no llega de adentro y los aleja del instante, de ese instante que carga su propia realidad. Como diría Bachelard (2002), “(...) el tiempo es una realidad afianzada en el instante y suspendida entre dos nada” (p.11). Pero no todos los seres humanos salieron a buscar esa verdad desgarrada, no todos abandonaron la superficie del mundo ni la inmediatez del instante que trae la vida y las cosas que la rodean. El poeta se alejó de la interrogación y optó por buscar lo

cercano, lo que sus sentidos le traían ante sí. Este observa, toca, escucha, siente su interior, ese que se le aparece en sueños, en fantasmas, en miedos, en alegrías, en realidades que mezcladas construyen a cada instante una existencia donde todo puede ser posible. El poeta sin miedo y sin temor a la nada, se consume, se dispersa hasta encarnarse en el poema y alcanzar la unidad.

Los límites que crea el filósofo, esos que delimitan, forman y le dan orden a su búsqueda de la verdad universal, el poeta los destruye. Para el poeta la verdad también se encuentra en el instante, es allí donde el hombre tiene la sensación de existir, donde se funden el presente y el sentimiento de la vida. La experiencia pasajera, se sale del camino definido y riguroso del filósofo que busca la conquista de un conocimiento firme, compacto y que siempre va tras la independencia. El poeta en cambio, vive el instante en terrenos movedizos, blandos dependientes de su sentir y de sus diálogos que van más allá del razonamiento pulcro y limpio. Lucha por estar en permanente asombro y disperso en la liberación fugaz que llega en cada instante vivido. La verdad cambia y el poeta la acepta. Sin renunciar a nada el poeta se arroja al laberinto que a cada rato le suscita ausencia y sin violencia ni desgarró logra en el poema la unidad de las palabras. Precisamente, Zambrano (2005), hace referencia a la unidad que logra el poeta de la siguiente forma: “El poema es ya la unidad no oculta, sino presente; la unidad realizada, diríamos encarnada. El poeta no ejerció violencia alguna sobre las heterogéneas apariencias y sin violencia alguna también logró la unidad” (p.14). Pero, “así como el filósofo si alcanzara la unidad del ser, sería una unidad absoluta, sin mezcla de multiplicidad alguna” (p. 14), la unidad que logra el poeta es débil e incompleta, pues toda poesía surge en el éxtasis de la soledad en comunión con la palabra. El poeta crea una perspectiva ilimitada en el poema, “una construcción, sin ninguna realidad absoluta” (Bachelard, 2002, p.23) y ese espacio abierto, fuerza de imaginación, entrega palabras concatenadas que llevan tras ellas en cada lectura el conocimiento de lo que es y lo que no es. Para Zambrano (2005),

la realidad poética no es sólo la que hay, la que es; sino la que no es; abarca el ser y el no ser en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás (p.15).

Así las cosas, para Zambrano, la poesía no produce imágenes, ella desde su habitar poético produce imaginaciones. Es una impronta de la universalidad manifestada en la inmediatez de una imaginación que universaliza un concepto. El imaginar poético lleva al hombre a cuestionar su realidad. Está lejos de crear dramas. Existe para caminar hacia un espíritu nuevo, capaz de expresar la intimidad del ser y a su vez la vitalidad para pensarse desde una nueva realidad. Surge para crear nuevas búsquedas y nuevos conocimientos, en constante emergencia. De esta manera, el lenguaje encontró en la poesía la ruta de emergencia que lleva a una existencia saludable y a su vez la poesía pone en estado de emergencia al ser, entregándole píldoras diminutas de impulso vital en cada instante de realidad. La vitalidad llega al ser como un llamado a la libertad, a la apertura del espíritu a una realidad existente y dotada de sentido. Las imágenes creadas desde la palabra poética inundan al hombre, le dan la oportunidad de entender primero y luego comprender la realidad del aquí dado, no como concreto e inamovible, sino como frágil y cambiante, como la vida misma. La poesía es un no plantearse límites ni matices en blanco y negro, ella es riqueza que se desborda sobre todo lo que el hombre quiere limitar. El origen se devela desde el hombre y el sentirse desde la poesía como apertura hacia el hombre develado mismo. “La función principal de la poesía, es la de transformarnos. Es la obra humana que nos transforma con mayor rapidez” (Bachelard, 2013, p. 94). De esta forma la poesía une en un íntimo sentir la existencia, haciendo que el alma del hombre no deje de asombrarse frente a la cotidianidad y rompa el molde que fue aceptado desde la ruptura: es razón y sentir, para trascender la realidad del pensamiento del hombre. La poesía “puede estar en conexión con este poder de la palabra poética justamente el que el poeta se sienta desafiado a transformar también en la palabra lo que parece estar por completo cerrado a la esfera de la palabra” (Gadamer, 1998, p. 120). El lenguaje poético, desde el sentir, ha sido el impulso de transformación

del pensamiento, hacia un mundo en permanente movimiento, donde la realidad del ser cambia constantemente, buscando en el instante la riqueza que ofrece vivir-lo diferente. El poeta faculta imaginaciones, descubre cómo su movilidad constante hace de ellas una posibilidad de nuevos significados. La palabra hecha verso aflora desde el silencio ensordecido del lenguaje. Edifica de forma libre instantes de existencia donados.

Desde Zambrano (2005), la ética del poeta en su lucidez, tiene conciencia propia, despierta y atenta, que hacen heroico su vivir, fiel y generoso al don recibido. “le entrega su vida, toda su vida, sin reservarse ningún ser para sí, y asiste cada vez con mayor lucidez a esta entrega” (p. 28). Ella defiende al poeta de la soberbia del filósofo, pues la palabra poética es un don y “este don de la poesía no es de nadie y es de todos. Nadie le ha merecido y todos, alguna vez, lo encuentran” (p. 30), ya que

la poesía no se entrega como premio a los que metódicamente la buscan, sino que acude a entregarse aun a los que jamás la desearon; se da a todos y es diferente para cada uno. Ciertamente es inmoral. Es inmoral como la carne misma (Zambrano, 2005 p. 29).

Para María Zambrano, entonces, la razón poética humaniza la búsqueda de la verdad que obsesiona al filósofo y aunque no diga la verdad logocéntrica y metódica, su conocimiento es lúcido y claro en la medida en que emerge de la profundidad del alma del poeta:

(...) el poeta es fiel a lo que ya tiene. No se encuentra en déficit como el filósofo, sino en exceso, cargado, con una carga, es cierto, que no comprende. Por eso la tiene que expresar, por eso tiene que hablar sin saber lo que dice, según le reprochan. Y su gloria está en no saberlo, porque con ello se revela que es muy superior a un entendimiento humano la palabra que de su boca sale; con ello nos muestra que es más que humano lo que en su cuerpo habita (Zambrano, 2005, p. 27).

1.2 La poesía como unificadora del quehacer humano

Para Zambrano, el empobrecimiento o el descuido de algo humano, de algo que va quedando oculto desde la filosofía misma, se puede evidenciar desde Parménides, en la medida en

que su diferenciación entre el ser y el no-ser, hace que la razón empiece a tener superioridad sobre las sensaciones. La filosofía no ha incursionado de forma plena en el no-ser, como sí lo ha hecho en el ser. Ese infierno no ha sido tocado ni atacado y desde allí las sensaciones muestran existencia, identidad y conocimiento del ser humano que no es observado ni sentido. En el no-ser, reposa una luz de vida que alimenta también la conciencia. El descuido lo continúa Sócrates con su moral ascética, en su condena a las pasiones.

Ir tras la virtud, tras su concepto, implicó expulsar algo que también habitaba en el hombre y que no merecía ser exiliado, un exilio que cada vez ha exigido más misericordia, pero que siempre es maltratado por el poder de la palabra, de la ideología, de una religión o de un sistema filosófico determinado (Pachón, 2022, p.124).

En Platón, con su dialéctica, este abandono alcanza otro nivel, “(...) esa mente discursiva, la gran ordenadora que todo lo encubre” (Zambrano, 1986, p. 68), deja oculto lo heterogéneo del mundo, lo va sepultando, hoy poco se siente, al parecer a casi desaparecido. En este contexto, el pensamiento de María Zambrano pretende recuperar la heterogeneidad, lo sensible que existe en el centro, desde el origen mismo del hombre, mostrando que existe otra forma de lograr conocimiento que no riñe ni está separado de la razón. De hecho, la existencia de la poesía “(...) será todo menos renuncia del mundo, del devenir, de la realidad” (Pachón, 2022, p.114).

La poesía desde la idea de la verdad para los griegos “era una herejía” (Zambrano, 2005, p.31) y desde esta expresión hoy vista de irracional, la poesía no pasaba de ser una forma de rebeldía expresada desde la palabra y se entendía como perversión del logos. Zambrano plantea que Platón, por ejemplo, desde su afán religioso condena la poesía:

Lo que se persigue es recobrar la humana naturaleza, rescatar el alma. Lo que Platón hace, en realidad, es teología y mística; teología en cuanto que piensa o intenta pensar con la razón lo divino. Mística, en cuanto que nos ofrece el camino para convertirnos en ello (Zambrano, 2005, p.37).

Platón pretende condenar las pasiones, busca evitar que ellas se asienten en el hombre. Para él, es la única forma de salvar su alma. Por este camino llevó el pensamiento oscuro del hombre a

pensamientos más claros. Este filósofo racionalizó y dio seguridad a los anhelos de los hombres. Es por lo anterior que Zambrano, (2005) considera que “Platón hizo teología” (p.37), alejando al hombre de todo lo que lo rodea, de las sensaciones del instante, de las pasiones del ahora, lo desprendió de la naturalidad de sentir. Lo racionalizó y lo llevó a “la seguridad del pensamiento — ser, unidad, idea— a lo que latía como gemido” (p.37). Los poetas debían ser supervisados y sus poesías ser finas y adecuadas para la educación de los niños. No era aceptable que ellas distorsionaran la verdad y en ocasiones profanaran a los personajes históricos, en particular a los dioses, pues estos solo eran fuente de lo bueno. La poesía, en una ciudad idealizada donde la justicia impere, era solo una herramienta educativa, moralmente edificante y no era aceptable que diseminara falsedades sobre todo de los héroes, los dioses y los hombres.

Zambrano evidenció en *República* otra condena a la poesía en nombre de la salvación del alma del hombre:

Mas en esta condena sin resquicio, está como fondo el designio místico. La repulsa es mayor todavía, más profunda, más irreconciliable, como teólogo que quiere salvar las apariencias, las realidades todas del mundo y de las pasiones humanas: la belleza que late en lo sensible, la belleza de que se enamora el poeta sin lograr eternizarla. Y el alma de la que el poeta solamente pinta la agitación pasional (Zambrano, 2005, p.38).

Sin embargo, para Zambrano (2005), existe una contradicción, pues la poesía lírica en la Grecia de Platón, es dolor, llanto, agonía real del alma, sufrimiento y gozo ante el placer y más ante el amor, porque la poesía es condición en sí misma, ella llora por no querer dejar, pero ataca a quien la quiere salvar. En este sentido, el mismo Platón en sus obras *Fedro* y *El Banquete*, se reconcilia aparentemente con la poesía, al hablar de que belleza y creación “son la redención de la carne mediante el amor” (p. 39), sacando a la poesía de la fatalidad “A la carne va a salvarla también el filósofo, encontrando lo que parecía imposible: su unidad, en el Amor” (p. 39). La poesía encuentra la salvación después de ser expulsada por la filosofía, gracias a la caridad y al amor, recibe un abrazo místico: “Caridad, amor a la carne propia y a la ajena. Caridad que no puede

resolverse a romper los lazos que unen al hombre con todo lo vivo, compañero de origen y creación” (p. 40).

De igual forma, para la filósofa, la conciencia cartesiana y el individualismo parcelaron la realidad del hombre al exterior al interior de sí. El ser humano se convierte en nómada con poder para violentar el objeto desde su calidad de sujeto. Es en ese momento del siglo XVII, cuando la ciencia sienta sus bases y la tecnología inicia su caminar. El hombre deja de ver la naturaleza como fuente de sostenimiento y ve en ella fuente de riqueza. La unidad del hombre con el planeta desaparece lentamente y el resplandor de la razón lo enloquece. La existencia se vuelve cuantitativa, la *res pensante* de Descartes allana una realidad que el hombre solo observará a medias. La escisión (*res cogitans* - *res extensa*), afianzó la degradación del hombre, inhabilitándolo para vivir una vida plena. La realidad como expresión de voluntad del ser lo llevó a crear sus propias sombras. En este mundo podría tener todo, no tenía que aplazar nada para el próximo y para otro. Como la religión o la moral se lo habían enseñado, era autónomo y podía ser como Dios, creador y desde la voluntad lograr la libertad, y “para actuar sólo necesitaba de un motor, de algo que realmente lo impulsara: su voluntad” (Pachón, 2022, p.125), y no depender de Dios. De esta forma el hombre se empoderaba de su existencia y la razón de producir su realidad.

De esta manera, para Zambrano, la razón parcela, fragmenta la realidad, la vuelve estática e inmóvil. Eliminar las pasiones y la intuición es quitarle riqueza a la vida. La realidad es conocimiento, “es un canto apasionado de la materia, de lo táctil y de lo visual” (Pachón, 2022, p.146). Las pasiones y la intuición permiten una vida fluida, acercan la existencia a la razón cualitativa, al mundo donde los sentidos dejan de lado el “pienso luego existo” y le da espacio a una fuerza que atrapa la realidad del instante dinámico como lo es la vida misma. Es la razón sensible la que permite al hombre salirse de la desesperanza, es una donación, un regalo para

encontrar respuestas; no para consolarse, sino para desocultar la realidad y sentir la existencia en conexión con el mundo, con su riqueza vital interior, aquella sintiente y sufriente, que encausa la razón y la conciencia. Nietzsche en *Así habló Zaratustra* dice: “Hay mas razón en tu cuerpo que en tu mayor sabiduría” (Nietzsche, 1992, p.61).

La poesía después de ser dominada durante siglos por la razón, hoy sale a flote para mostrar que construye pensamiento desde el lenguaje sentido. Ella permite pensarse desde la confrontación que estremece el escenario de la cotidianidad, haciendo de ella el punto de partida que lleva a la comprensión de la vida, pues en su describir y replicar lo que acontece, encuentra respuestas a las preguntas de lo sucedido, lo que sucede y lo por suceder, en un universo donde todo es posible. En unas cuantas palabras, descubre “el secreto de un alma, del ser y de los objetos al mismo tiempo” (Bachelard, 1985, p. 222), parafraseando a Bachelard (1985), haciendo de la poesía la metafísica del instante.

La poesía no escinde la realidad, la vive de forma plena, ella logra conocimiento “por un esfuerzo al que sale a mitad de camino una desconocida presencia” (Pachón, 2022, p.149). La realidad sale al encuentro del conocimiento que llega al hombre de forma gratuita. En este sentido la razón poética de Zambrano carece de linderos, ella emerge, se integra al ser humano, no para salvarlo, si no para llevarlo a la intimidad de lo humano.

la Razón poética está en una zona intermedia, que es una síntesis de filosofía y poesía y que, contiene la admiración de la poesía, su apego por el mundo, sin abandono de nada, pero que también contiene cierta violencia, una pequeña dosis, necesaria para expresar esa riqueza que la realidad ofrece. Aquí la Razón poética ya ha recogido elementos de la poesía y de la filosofía; sin embargo, más de la poesía (Pachón, 2022, p. 148).

El hombre racional existe consternado, la realidad que vive lo mantiene al borde del miedo, esconde y reprime en su interior algo que necesita salir y que la razón lo impide. Las creencias lo aferran a una vida incompleta. Lo que se reprime quiere salir, desea ser sacado y mostrado limpio.

Eso que está en las entrañas, escondido y secreto, está en sí mismo turbulento y clamando por salir, una vez en reposo solo entrega tranquilidad.

La poesía, entonces, afirma Zambrano, regresó y rompió el círculo hermético que Platón había creado y es él mismo quien vuelve a unir la filosofía y la poesía, al querer salvar el amor en su pensamiento filosófico. Y es que el poeta vive y muere en el amor, la belleza y las apariencias que llegan en su sentir y en sus pasiones. Es de aclarar que Platón salvó al amor, pero desprendiéndolo de la carne, las pasiones, lo desvinculó de toda pasión y de todo lo que para él era supuestamente degradante. Esto no evita que de forma implícita haya justificado la poesía al quedar “a salvo de su total destrucción” (Zambrano, 2005, p.42).

El amor sensible otrora contrario y en muchas ocasiones rebelde participa de la belleza y sirve de conocimiento

El amor nacido en la dispersión de la carne encuentra su salvación porque sigue el camino del conocimiento. Es lo que más se parece a la filosofía. Como ella, es pobre y menesteroso y persigue a la riqueza; como ella, nace de la obscuridad y acaba en la luz; nace del deseo y termina en la contemplación. Como ella, es mediador (Zambrano, 2005, p.42).

En Platón el amor carnal se viste de amor místico para ser entregado a los hombres de una forma socialmente aceptable. Es así como, la poesía crece, vive y se entrega en forma de amor idealizado, de amor platónico. Esa aparente imposible reconciliación de la palabra, se encuentra mediante la religión del amor. La palabra tuvo que pasar por la muerte para nuevamente convertirse en palabra: en Platón el amor carnal se desprendió de la carne y se convirtió en una expresión mística, ideal.

La imagen que produce la poética trasciende, construye sin buscar la unidad, por el contrario, desde lo heterogéneo enriquece el escenario de lo ajeno, que aun siendo ajeno se convierte en propio una vez es leído, permitiendo pensarse y sentirse como una nueva alternativa para convivirse.

Pensar desde la razón poética, según Zambrano, es permitirse la posibilidad de nuevas experiencias, cercanas y posibles a la realidad de lo humano; es, desde lo aparente buscar explicaciones y encontrar nuevas realidades. Es romper palabras bonitas que endulzan el oír de los amantes, para hacer visible y sentida la capacidad creadora del ser. Es pensar las múltiples dimensiones de gozar la vida, sin dañar al otro, multiplicando su existencia al compartir conocimiento que unifica desde la diversidad de lo diferente. Para Nietzsche (1977), el gozo está asociado a crear pensamiento desde el arte. Así, “(...) la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la de la vida...” (p. 28), permite transgredir, romper la tradición racionalista impuesta y crear sueños, desde la existencia aparente, capaces de entender y comprender lo humano para ser transformados, como una actividad metafísica de la propia existencia.

Desde el origen, lo racional y lo mágico, rodean y engrandecen la dual humano. Sin embargo, es el mismo hombre quien ha puesto límites y barreras entre lo racional y lo poético. La razón ha primado por encima de lo imaginario, ella es vista por la tradición racionalista y científica como la forma de entender el acontecer del mundo y sus diferentes transformaciones, no permitiendo a lo poético mostrar que puede transformar y generar conocimiento desde el sentir del instante. En su largo camino de desprecio, la razón no ha comprendido que todo aquello que se crea, usando métodos fríos y rigurosos, surge de un imaginario, de una semilla que tiene su origen en la imaginación, la cual es raptada, en forma violenta por la razón, en su ejercicio de creación de conocimiento.

La idea de Zambrano es, en este sentido, que la razón poética, es la alternativa que tiene el hombre de oponerse a la razón deshumanizada que saca al ser de su esencia y los lleva por caminos diferentes a su proceder natural. Ella permite al ser humano encausar la existencia con sus pasiones y emociones hacia la felicidad y el sentir sus instintos. El arte poético como quehacer humano

abrazo la dualidad del ser, movilizándolo hacia la creación dual de pensamiento autónomo y crítico, en una sociedad cada día mas deshumanizada y automatizada. La contradicción del ser desde sus comienzos ha convocado al hombre a crear y comprender su propia realidad, la poesía pretende lo mismo: lograr conocimiento de forma acertada, aceptar el cambio permanente, esa metamorfosis diaria que hace posible la existencia.

Lo dual, razón - locura, le permite al hombre apreciar el mundo que lo rodea, lo acompaña en cada instante de vida y le entrega motivos suficientes para crear y recrearse en su mundo. Tanto la razón como unidad pura como la imaginación como heterogeneidad, le dan vida al espíritu, permitiendo un cuestionamiento permanente acompañado de una mirada profunda del ser. El ser humano vive en la encrucijada de los contrarios, vida y muerte, razón e imaginación, asumiéndolos como contrarios ambas fuerzas permanecen en guerra para vencer una a la otra. Esta posición de contrarios le ha quitado al hombre la oportunidad de ver que todo desde el origen se contrapone y que es esa contraposición la que crea el universo, los contrarios se complementan en el momento en que se unifican. De igual forma las fuerzas contrarias permiten crear pensamiento. Cada vez que se va más allá de lo razonablemente correcto y se acepta que la imaginación hace parte del ser humano, se confronta la realidad también desde la corporeidad. Si bien la naturaleza del hombre está dotada de razón y subjetividad, una vida equilibrada no descarta la imaginación. La poesía permite que lo dual no se rompa, ella entrega desde la imaginación y el sentir un espacio para que la razón habite y pueda el ser humano vivir una existencia sin guion, en armonía con la naturaleza. Lo dual es libertad, esperanza que permite la comprensión de la existencia, permitiendo al ser ir cada día más allá de las apariencias de la realidad.

La poesía a cada instante le permite al hombre romper la cotidianidad, lo saca del adormecimiento en automático en el que vive, lo impulsa a aceptar el cambio como fenómeno

constante. Cuando el hombre habita en el mundo desde el dúo razón-imaginación, las máscaras desaparecen y lo auténtico sale a flote. Entender, comprender y aceptar lo dual le asegura al hombre ser creador de su realidad. Vivir en sencillez la existencia, es aceptar lo imaginario como parte del ser.

1.3 El pensarse como ser desde lo dual

Al hombre algo adicional a la razón lo llama, lo busca, cada nuevo día es un anuncio, la posibilidad de un renacer, un sentir nuevo. El ser humano despierta desde el conocimiento de la palabra. Ellas, salidas de las entrañas se traduce en un redescubrimiento, es luz en la oscuridad. Descartes dudó del sentir argumentando “(...) que las sensaciones no son seguras...que se puede dudar que se siente, puesto que ni siquiera es seguro que se tenga cuerpo para sentir” (Pachón, 2022, p. 184). Esta posición lleva al cuerpo y a sus sentires a un plano inferior y ubica la razón como la base de la existencia, pienso, luego existo es un referente que marcó la historia del hombre, lo hizo despreciar las pasiones, las pulsiones que hacen del hombre un ser creado con un aliento palpitante no separado de la razón. Al contrario de lo que pensaba Descarte, cuerpo y pensamiento son un conjunto, un dual indisoluble.

El hombre debe recuperar lo perdido, sondear el sentir no es desatender la razón, es hacer palpable lo otro, lo que está flotando en pulsiones claras y oscuras. Sentir las entrañas es atender las sensaciones que parieron desde el origen. Sacarlas del abandono es alumbrar el pensamiento de la existencia. El logos sumergido en las sensaciones encuentra la luz de la existencia. Cuerpo y logos, logos y cuerpo dual que llena de orgullo y de conocimiento íntegro el discurrir del hombre y de su propio mundo, ese que es colectivo desde el logos e individual y propio desde sus sentires.

El ser humano por naturaleza tiene una actitud de intensidad frente a la vida. Liberar los sentidos es permitir que inicie quizás el malestar reprimido en las entrañas, es acelerar el pulso, salirse de sí mismo para sentirse humano. El ritmo se acelera ante la añoranza del existir, ese instinto de permanecer despierto hace que la mirada cruce el horizonte para ponerse en camino. Edificar desde el sentir permite salir del malestar de vivir de forma individual como voluntad, fuerza poderosa que saca al hombre de la oscuridad original, lo hala hacia la claridad, hacia la posesión propia de algo nuevo, haciendo de la vida la más humana manifestación.

La razón poética de María Zambrano, muestra el pensarse como ser desde lo dual, allí donde el verbo se hace conocimiento. La palabra poética humaniza, habilita para vivir en el mundo, acontece el existir del ser, obligándolo a despojarse de los prejuicios que le impiden transformar su realidad. Zambrano pretende sacar al hombre del concepto racional heredado, donde la razón es la única forma de lograr conocimiento, y mostrar cómo filosofía y poesía le permiten al hombre un cuestionar desde lo más profundo del ser, indicando que la filosofía está orientada a cuestionar y la poesía a enfrentar la existencia, ambas como una sola, le permiten al hombre crear. “¿Qué raíz tienen en nosotros pensamiento y poesía? No queremos de momento definir las, sino hallar la necesidad, la extrema necesidad que viene a colmar las dos formas de la palabra” (Zambrano, 2005, p. 10), dos formas de la palabra que llevan a comprender la realidad y transformarla. Habitar en estos dos ámbitos permiten que la razón dirija y la poesía muestre que los límites no existen cuando el hombre se arriesga a ser, mostrando una realidad compleja, existiendo de forma dual. Ese quehacer le da grandeza a la vida en cualquier momento de la existencia, se vive sin temor y sin el afán de hacer suceder:

El poeta no se afana para que de las cosas que hay, unas sean, y otras no lleguen a este privilegio, sino que trabaja para que todo lo que hay y lo que no hay, llegue a ser. El poeta no teme a la nada (Zambrano, 2005, p. 15).

El filósofo busca la verdad, lo universal, el logos que no pueda mutar, pues ya no sería verdad. El poeta, en cambio, busca la unidad homogénea, el movimiento como algo inclusivo entrega conocimiento, sin imponer límites permite que la imaginación se desborde en busca de comprender el mundo habitado.

el poeta no cree en la verdad, en esa verdad que presupone que hay cosas que son y que no son y en la correspondencia verdad y engaño. Para el poeta no hay engaño, sino es el único de excluir por mentiroso ciertas palabras. De ahí que frente a un hombre de pensamiento el poeta produzca la impresión primera de ser un escéptico. Más no es así: ningún poeta puede ser escéptico, ama la verdad, más no la verdad excluyente, no la verdad imperativa, electora, seleccionadora de aquello que va a erigirse en dueño de todo lo demás, de todo (Zambrano, 2005, p. 16).

Ahora bien, en el capítulo “Poesía y Metafísica”, Zambrano (2005), regresa al conflicto entre filosofía y poesía. En la modernidad la filosofía retoma y reafirma su superioridad. Este período filosófico lo llama “metafísica de la creación” (p.49). Esta forma de pensamiento desplaza la religión del amor y va en pro de la afirmación de la libertad y de que el ser humano viva bajo el techo de su propia voluntad. El pensamiento moderno hace referencia al hombre como antes lo hacía a Dios: libre y creador. Todo ser humano es autónomo de tomar sus propias decisiones, y desde esta perspectiva humana el arte llegará como “la revelación de la verdad más pura” (p.50). En el pensamiento moderno, romántico, de forma momentánea “se abrazan” (p.50), filosofía y poesía, en poetas como Víctor Hugo y Novalis, los cuales abogaban por la poesía como inspiración.

Las sensaciones humanas tienen su propio orden, ellas constituyen una parte de la estructura biológica de las personas, complemento a la razón para lograr armonía y equilibrio. La razón no tiene como trabajo dominar los sentidos, es el dúo razón-sentidos lo que permite entender el estado de las cosas. El mundo no solo es cuantitativo gobernado por la razón sino, también cualitativo gobernado por los sentidos. La conciencia debería verse como razón y sentidos activos, no solo para sobrevivir, sino también para recuperar el devenir de la realidad diaria entregada por los sentidos. Las múltiples críticas hechas a la razón datan de hace muchos siglos, una frase de Pascal

la saca a flote de forma permanente “el corazón tiene razones que la razón no conoce” (Pachón, 2022, p. 136). Estas palabras las asume Zambrano, como propias en la medida en que para ella el corazón se convierte en el centro de la vida sensible.

Este ser dual de lo humano es pensado también por otros pensadores como Freud, quien en su análisis del hombre

mostró que la conciencia y que la razón, con su yo, es sólo una parte de la estructura de la psique humana; que hay un lugar oscuro donde está el talento, lo reprimido, ciertos miedos y patologías: el inconsciente. De tal manera que a finales del siglo XIX ya existía la sensación de que la razón no lo era todo, que no era omnipotente (Pachón, 2022, p. 137).

La razón por sí sola no permite entender las pasiones, debe de existir una unión, ellas se complementan. En palabras de Scheler “la razón es incapaz de regir las pasiones, a no ser que ella misma se convierta en pasión, por virtud de una sublimación” (Scheler, 2002, p. 98). La razón se debe acercar a la existencia misma, los sentidos también atrapan la realidad, le dan duración, movilidad y fluidez a la vida, en palabras de Scheler:

los instintos y las pasiones obtienen su ingreso como siervos del logos, como astucia de la idea, es decir, como herramientas elegidas con destreza por la idea divina para alcanzar un fin, para establecer una armonía y un equilibrio que nadie conoce, salvo ella misma (Scheler, 1980, p. 29)

Por su parte, la poesía, con poetas como Baudelaire, Valery y Hölderlin, se convierte en trabajo y no en mera inspiración momentánea; ella es el resultado de un esfuerzo metódico que la hacen consciente consigo misma. El poeta, para Zambrano (2005), en una búsqueda profunda y sistemática logra llegar a su propia inspiración. Es así como la poesía llega a ser vista como algo consciente, y “es que la poesía ha adquirido conciencia en esta era de la conciencia. va adquiriendo, cada vez más, conciencia de su poesía y de sí. El poeta por primera vez teoriza sobre su arte, y hasta piensa sobre su inspiración” (p.52). Para estos poetas, la “poesía pura es afirmación, creencia en la poesía, en su substantividad, en su soledad, en su independencia” (p.53), ella logra ser unidad con la palabra en el mismo instante que captura lo singular de cada cosa. Como el filósofo, el «razonamiento» poético va en la búsqueda de la esencia del hombre, ambos saberes están

orientados a lo mismo, la esencia del hombre. Sin embargo, muchas veces se han querido excluir la una a la otra, se niegan el reconocimiento mutuo, a pesar de que ambas, poesía y filosofía, hacen uso de la conciencia en sí misma. Para Zambrano ambas tienen un punto de partida común y solo tienen un anhelo: “querer ser” (p.54).

Desde otro ángulo, la filósofa hace una mirada a la angustia reflejada en la obra de Kierkegaard, sin embargo, no la considera una forma de poesía, pues ella está asociada a la voluntad, soledad y poder, y la poesía no busca el poder, no se expresa como forma de poder: la consciencia “no significa poderío” (Zambrano, 2005, p.56). La razón, al desconfiar del mundo, inicia todo un proceso de reafirmación de sí misma, se cierra y entra en angustia. Ante esta situación la filosofía y la poesía actúan de diferente forma. El filósofo se afianza en la angustia y genera todo un sistema, huye de la comunidad y se incomunica. En cambio, el poeta sufre en su soledad, palidece y en su proceso meditativo encuentra la lucidez no como signo de poder, sino como el sendero ineludible para encontrar en la palabra conocimiento:

La continuidad de la creación en la palabra, que nunca podrá quedar cerrada, como el sistema filosófico, no pretende apoderarse de lo que es, sino darle la palabra. La angustia que hay en la poesía es sólo la angustia de la creación, no la que conduce hacia la voluntad enderezada hacia el poder (Linding, 2009, p.192).

El poeta se acerca al hombre mientras el poder separa a la filosofía de la poesía. Para el poeta la presencia y el amor son parte del sustento de sus sensaciones expresadas en la palabra y en la renuncia al poder. La libertad del poeta no está en su libre actuar y hacer, ella está en que el trascender ocurra a través de él. Es de esta forma que el poeta elige ser persona mediante el conocimiento:

Si por conocimiento entendemos lo que se entendía en Grecia y lo que entiende el hombre no idealista, el conocer algo que es, o sea, el encontrar algo, un ser que nos rebase, que sea más que nosotros; un ser que nos venza enamorándonos, prendiéndonos a su vez, por amor (Zambrano, 2005, p.59).

En la obra de Kierkegaard, para Zambrano el amor está ausente, la angustia es revelada en una búsqueda infinita de poder sin límites. Por el contrario, el poeta llena de amor su angustia, vacía de poder, para crear en la libertad de ser él mismo. De esta forma, la filósofa defiende nuevamente la poesía en cuanto su palabra es integridad y ella misma se comunica. El poeta crece en comunidad, el filósofo lo hace en soledad, el poeta comparte con otros seres sus estados de soledad con palabras en la que todos pueden participar.

La poesía aun siendo frágil en el poderoso imperio del pensamiento, es salvada por el poeta, el cual la empodera desde el amor,

Sólo en el amor, en la absoluta entrega, sin reserva alguna, sin que quede nada para sí. La poesía es un abrirse del ser hacia dentro y hacia afuera al mismo tiempo. Es un oír en el silencio y un ver en la oscuridad (Zambrano, 2005, p.69).

El poeta busca el acercamiento a la realidad diaria y para ello se adentra en la fuerza de la palabra, que es su invento. Es quien mejor descifra su fuerza. El poeta es próximo a lo cotidiano, a ese espacio abandonado por los filósofos, estos se hayan envueltos en la búsqueda de verdades universales detrás de los muros de la razón. Por el contrario, el poeta viaja en la cotidianidad, en las pasiones de las cosas que a cada instante rodean al humano, desde allí pone a flote la grandeza de lo pequeño y reflexiona en busca de lograr la reconciliación con su cotidianidad. Al no tenerle miedo a la nada, de la nada nace la acción activa, desde su imagen y semejanza brota el frenesí de la creación, ideas y pensamientos que a cada instante muestran que nuestra realidad no es del todo racional, pues ella es pluridimensional y poliforme.

La poesía le permite al hombre tener posesión de sí mismo, enfrentarse al tiempo, humanizar la humanidad, vivir la vida y no que le sea vivida. Ella genera pensamiento dinámico y desancla al hombre de la rutina cotidiana que ya no se siente, pues el pesimismo existencial no permite concebir una existencia espontánea. Cada instante vivido entrega verdad, una verdad

temporal, digna de una existencia y una experiencia pasajera. Parafraseando a Zambrano (2005), la poesía es la verdad de la vida diaria. Ella entrega la inocencia que motiva a cada ser humano a recobrar el amor que ilumina, que permite sentir el asombro y la eternidad, que está vivo en los sentidos. La eternidad a la que se hace referencia es aquella que lleva a la reconciliación con el mundo, con el tiempo y dentro del tiempo de la vida mortal, finita. Ella y su verdad, sin ofrecer la inmortalidad ni la salvación, saca al hombre de la rutina diaria y de la permanente amargura de su sórdida existencia.

La poesía ubica al ser humano en su lugar, lo acerca a las cosas, habitar desde el sentir poético es existir en su propio fundamento. Lo lleva de forma voluntaria a habitar en la imperfección, en la cima de lo maravillosamente inacabado. Ella es verdaderamente conciencia de la precariedad y fragilidad de la existencia, conciencia de aquel que se sabe suspendido entre un abismo y su propia muerte. Ella supera la conciencia ordinaria y engrandece lo mundano de la existencia. Denunciando la superficialidad de la materialidad con hermosa sutileza y concreción, tensiona el yo perturbado del lector y lo reorienta por ese instante ensimismado de lectura, hacia la cálida sensación de existencia de su ser con el todo.

Ese sentir del silencio escuchado, es poesía, pues al existir tierra abonada de disposición, ella nace al encuentro con el pensamiento. En ocasiones la vida trae palabras voluntarias y espontáneas que hacen combustión, se transforman en luminosidad, en atención despierta, llegan al encuentro con la realidad de quien las lee. Esa impronta real nunca será olvidada, dejará por siempre abierta la herida de ese instante de encuentro dentro de sí misma, y hacia sí misma.

Siendo el sentir del silencio escuchado poesía, aún sin saber de quién salieron las palabras, ellas dejan de tener autor y aún inconclusas, viajan por la mirada encontrando un nuevo pertenecer,

pues es posible asegurar, que a quien llegan las sientes, las lleva a su pensamiento, sintiendo el paso de ese instante por el universo.

Abandonada en rara belleza, la poesía, se entrega a algo, obedece a algo, es injusta con algo, busca ser mejor que sí misma, pues a diferencia de la filosofía, eterna buscadora del conocimiento, la poesía es una gota de agua que está en función de la caridad, en un construir para vivir donde la palabra comparece, se muestra, es en ese instante donde se da la verdad, el desocultamiento. El lenguaje permite que la palabra se abra, se muestre y finalmente se desoculte.

El poeta no tiene miedo a sus orígenes, los lleva con gracia, los recibió como donación y no se preocupa por buscar de forma activa su propio ser. El aspira llegar más allá, lucha para que esa donación que le fue dada sea entregada a los demás, a todos los seres humanos que van con él. El poeta no se aísla, vive en comunidad, se integra, se afirma por medio de la entrega hasta abarcar y fusionarse con las cosas desde el amor. El poeta no da testimonio, él es testimonio con su presencia.

Para Zambrano (2005), con su forma de filosofar venerable, el poeta transita sin método y se olvida de sí mismo, busca alcanzar la plenitud, la originalidad y la particularidad de las cosas que pretende salvar sin violencia. De esta forma, el poeta, es la voz que manifiesta las cosas de su ser mismo, deja de lado la búsqueda de la razón de la existencia humana, en búsqueda de la palabra que permita el encuentro con la filosofía, aun cuando filosofía y poesía hablen en diferente sentido. La primera buscando alcanzar la precisión, la seguridad, “ha trazado un camino que no puede atravesar la inagotable riqueza” (p. 72). Mientras que la segunda, avanza por sí misma hacia “la apertura total de una vida a quien su cuerpo, su carne y su alma, hasta su pensamiento, sólo le sirven de instrumentos, modos de extenderse entre las cosas” (p. 72).

La poesía no tiene por qué desprenderse de las cosas, ella capta con respeto las apariencias, va a su origen, a la fuente que las produce, las aflora. El poeta le da fundamento a la poesía en la palabra misma. La inmoralidad del poeta radica en la manifestación de las cosas desde su ser mismo y es allí donde filosofía y poesía se encuentran, en el ser de quien siente y entrega en palabras conocimiento de su realidad: ambas deben apuntar a vivir la realidad.

Los caminos oscuros son penetrados por las palabras del poeta mostrando una realidad inagotable como las pasiones mismas. La poesía alaba la filosofía en su recorrido por la palabra, razona entregando alternativas equilibradas de las sensaciones que en el poeta asoman. Ella confronta la realidad violenta en su día a día y esa realidad en ocasiones irracional termina fusionada de forma acertada en la razón poética. El filósofo debe entender que toda verdad termina siendo parcial y es allí donde también se encuentran la filosofía y la poesía. Zambrano (2005), le dice a los filósofos que aún miran desde arriba a la poesía: “Caridad y comunión que no han trascendido al pensamiento, porque nadie ha podido todavía pensar este logos lleno de gracia y de verdad” (p. 73).

Como señala Bachelard (1982), “ante las imágenes que nos proporcionan los poetas... imágenes que nunca nosotros habríamos podido imaginar por nuestra cuenta, esta inocencia del maravillarse es muy natural. Pero si vivimos con pasividad ese maravillarnos no participaremos demasiado profundamente en la imaginación creadora” (p. 14). La imagen que surge de la poesía, saca al hombre del molde y lo orienta hacia una realidad más humana, a un despertarse y crear desde su propio sentir, en un espacio – tiempo donde el dúo, razón-imaginación, acuerdan generar conocimiento, permitiéndose asumir la existencia como creadores de su propio destino.

Para la razón carece de sentido que el hombre le de importancia a la imaginación, a la intuición, a lo que presuntamente no le da fundamento al conocimiento, mientras que la poesía,

cercana a las contradicciones y al martirio “acepta la realidad tal y como se da en el primer encuentro. Y lo acepta sin ignorancia, con el conocimiento de su trágica dualidad y de su aniquilamiento final” (Zambrano, 2005, p. 39). Desde las sensaciones, fruto de la realidad del ser ahí, la intuición el poeta avisa que el conocimiento ya lo tenemos. La poesía a manera de sentencia le dice a la filosofía que sin dualidad el hombre no podrá avanzar de forma equilibrada hacia el conocimiento y hacia una existencia en armonía, donde los instantes de felicidad, finalidad de la vida, se vuelvan realidad. La poesía saca al hombre del tedio de una vida racional, pues más allá de palabras con ritmo y rima, ella es una explosión de intimidad, una reconciliación con el ser abandonado, desesperado y en caída. La poesía es asombro, ambivalencia y admiración hacia el interior del ser. Es un estar aquí, es un volverse al origen donde soñarse, sentirse, imaginarse y emocionarse, permiten al hombre cruzar límites y descubrir nuevas realidades que le entregan sentido a su existencia.

La poesía como razón poética es lenguaje humanizado, abierto y profundo con el ser, permitiendo la convivencia con el otro, en su materialidad. Como señala Bachelard:

Lo imaginario no encuentra sus raíces profundas y nutricias en las imágenes; necesita primero una presencia más próxima, más envolvente y material. La realidad imaginaria se evoca antes de ser descrita. La poesía es siempre un vocativo. Es como diría Martín Buber, del orden del Tú antes de ser del orden del Eso. Así, la Luna es en el reino poético materia antes de ser forma; es fluido que penetra al soñador. El hombre, en su estado de poesía natural y primera (Bachelard, 1996, p. 185).

El pensamiento de Zambrano permite entender que la razón poética produce conocimiento desde su devenir constante, haciendo de la poesía el milagro de pensar entregado al hombre, en un habitar más allá de lo cotidiano, para que se asuma como ser ahí, creador de su propio mundo.

2. La razón poética como tiempo humano que permite sentir-se

El tiempo solo, sin ser sucesivo,
es la pulsación de un instante de presencia.
(Pulgarín)

Desde el pensamiento de Zambrano, en este capítulo, se mostrará cómo la razón poética genera experiencia del presente la cual el poeta acepta, sin pretender una verdad duradera. Por vocación, se entrega a momentos oscuros, se revela y busca en el lenguaje esa palabra perdida que le muestra lo humano, que su finitud empieza en cada amanecer. La poesía como reflexión de la existencia, establece en lenguaje adecuado verdades que pueden ser comprendidas de una forma fácil. La forma en que las entrega carecen de reglas y obligaciones. Las palabras profundizan y expanden la comprensión de la vida, ellas no hacen uso de argumentos, ellas presentan experiencias que llevan a la reflexión.

Con el fin de reflexionar en torno a cómo la razón poética puede ser entendida como tiempo humano que permite sentir-se, el capítulo está dividido en seis partes: 1) la poesía como tiempo llegado; 2) escribir: acto de salvación de la palabra; 3) la palabra como instante sagrado; 4) la poesía: posibilidad del lenguaje poético; 5) la metáfora como verdad transitoria y 6) la crisis: un alejamiento de la dimensión espiritual.

El pensamiento de Zambrano (2000), es la configuración de la vida a partir de la mezcla de razón y sentir. Su objetivo es la comprensión del ser humano desde la vida misma, desde su existencia concreta, reconociendo la realidad oscura del alma del hombre y su necesidad interior “(...) huellas, signos de una vocación, de un querer ingenuo y espontáneo al que la soledad, el riesgo y la angustia, han hecho morir y resucitar.” (p.18).

El poeta, para Zambrano, no vive en una lucha activa exterior a sí mismo, su lucha es interna, es consigo mismo, con su vida, con su propio ser ahí en el mundo. Siente el profundo reto de expresar su verdad, desde su caída misma, la cual le hace perder el miedo al riesgo y se alimenta de su profunda soledad. La verdad entregada, es la expresión de su existencia, lo que se es, surge como una necesidad interior que va más allá de la voluntad misma:

Después, en la soledad, teniendo que afrontar por cuenta propia los riesgos de la vida y de la muerte, el temor se ha ido desvaneciendo (...) cuando nada hay sino el riesgo, nada podemos temer, y entonces aquello que se quiere vuelve a presentarse, y en ese instante advertimos que llega ahora con toda pureza y con toda legitimidad. Porque sólo lo que no se ha podido dejar de querer, ni aun queriendo, nos pertenece (Zambrano, 2000: 18).

Desde el habitar poético, el poeta, hace realidad la dualidad palabra cosa, la cual le permite redefinir el mundo. A partir de la concatenación de símbolos resignifica lo cotidiano natural que rodea la existencia humana. La mesa del rincón que guarda en marcos dorados imágenes de historia, la cama que otrora mantuvo tibia la piel en invierno, la significación de las cosas ante los ojos produce una nueva cosmovisión poética en el fluir de una realidad que merece ser vivida desde una nueva actitud vital. La palabra en su trascender se apropia de la esencia de las cosas.

2.1 La poesía como tiempo llegado

A la razón de su tiempo, siente Zambrano (2000), le falta un saber que la razón misma aún desconoce. Ella que tiene métodos excesivamente estructurados y además tiene los instrumentos para usarlos y acercarse a las cosas, no los tiene para acercarse a la realidad del alma, pues “entre la naturaleza y el yo del idealismo, quedaba ese trozo del cosmos en el hombre que se ha llamado alma” (p. 25). Para la filosofía es más fácil involucrase en declaraciones desde la lógica y la ciencia, allí donde con estrictas convenciones, logra alcanzar definiciones al servicio de su sistema cerrado.

Hablar del alma, para el filósofo, y lograr fijarla en una definición le produce desazón, ello se debe a que el alma no es ningún sistema, ni mucho menos una definición cerrada. El alma juega más cerca de la imaginación, allí llega de forma intempestiva: “Pocas veces se ha dado este milagro de agilidad de la mente, que es tratar adecuadamente al alma, fabricar una red propia para atrapar la huidiza realidad de la psique” (p. 29).

La poesía abstrae al hombre de su cotidiana realidad, le entrega la posibilidad de conectarse con su vivir de forma diferente y placentera. Ella no es un escape, por el contrario, es una forma de ampliar el sentido de la existencia, es un trascender del alma hacia el único instante: ser ahí. Ella no presenta personajes en situaciones específicas, ni construye dramas psicológicos, en ella y en unas pocas líneas, el poeta es capaz de expresar un determinado contexto y hacer de protagonista al lector, logra que las tome como propias afirmando y sintiendo su realidad. El habitar poético es, para el lector, un instante de revelación.

La razón tiene la cualidad de proponerse algo, estudiarlo, analizarlo hasta apoderarse totalmente de ello. Dominarlo es la meta final. La razón “no es otra cosa que un calcular” (Hobbes, 2001, p. 46), mientras que el sentir poético es el lenguaje vivo del ser ahí, que existe en presente. Aburrido de las oscilaciones, busca en la palabra claridad de su ser actual germinando la vida, al silencio, a ese silencio que le antecede al lenguaje y le asigna sexo a las palabras. Ellas en complacencia descienden en versos, haciendo que en ese instante la existencia tenga sentido al hablar.

El poeta, para Zambrano, deja en la palabra escrita el drama diario, taciturno y desfigurado de su existencia imperfecta, es un ser que no es diferente de los demás, es solo un ser humano más original en su sentir, que transgrede la vida y la razón para dejar un conocimiento finito, puntual y pasajero en la armonía de su sentir. Entrega la palabra precaria y finita, abierta al tiempo, al instante

del ser-ahí, para ser interpretada por el otro, la palabra llena de sentido cuida al otro. El encuentra desde su cercanía con la realidad la levedad del ser, en el mundo poético de la palabra humana es entregada con espacios en blanco, vacíos, espacios de silencio, que nunca reclaman la palabra que falta, la no dicha es portadora de sentido.

El tiempo del ser ahí es el instante. En él se prepara el ser para su devenir, activa su intuición como máxima cualidad temporal. El instante es el habitar en la temporalidad de una realidad ofrecida en íntima consciencia. El presente, sintetiza la duración del instante, funde dos adverbios: lugar y momento, en el poder del ser ahí. Sin embargo, el instante carece de valor, no es nada, si no acoge el devenir como propio y necesario.

El tiempo solo, sin ser sucesivo, es la pulsación de un instante de presencia. Presencia interna que ofrece un profundo sentirse. Un sentirse que convierte al ser en existencia recibida en un ahora y desde un ahora, desde el ser ahí. Es un movimiento del ser despierto, en éxtasis, para ir hacia sí mismo. Es así como el que despierta del no-ser: renace, se aleja del abandono y se orienta hacia donde el ser lo lleva. Renacer es un abrirse a la vida toda. Vivir en la dualidad de razón y lenguaje, es disponerse en el umbral de la sensibilidad que establece el punto del sentirse inicial. Lentamente aquel que renace comprende la existencia en el encuentro con la claridad que le llega desde afuera, apropiándose sin sacrificio de la vida recibida.

El poeta agotado y en insomnio conlleva abstracta lucidez, piensa, quiere y siente. Se percibe y desde la debilidad del silencio se somete a imágenes que lo revierten a su realidad, una realidad puntual, que no espera un mañana para ser vista, vivida, sentida e interpretada. El tiempo del poeta es hoy, las sanciones son hoy, el poeta no reinventa un pasado, intenta en su espacio desolado y en ocasiones perdido converger desde el uso de la razón hacia un conocimiento propio,

calcinando la soberbia, respirando en cada sentir calcinado el espectáculo imborrable de palabras unidas a la realidad, a su ser ahí, su mundo.

Para Zambrano, la poesía tiene alma matérica, vida propia, deja las huellas del poeta, es tiempo y es espacio, en ella las cosas tienen su propia existencia, la cual interviene la existencia de otros. Ella trae consigo las huellas de los ausentes. Las voces de todos aquellos que ya la han leído quedan en el ambiente, sus gestos se escuchan, resuenan sus palabras rayadas y marcadas. Cada vez que se vuelve a leer aparecen nuevas marcas, lo marcado y rayado, antes, ha desaparecido, el ser humano a cada momento se renueva, su ser ahí se modifica en el sentir de cada instante. Un poema es siempre el instante de alguien, la realidad de alguien. Ese alguien lleva el hombre a su ser que, sin embargo y muchas veces en confesión, no lleva al hombre solo a conocerse sino también a abrirse a la oportunidad de sentir-se como ser vivo. El lenguaje poético es un vivirse arriba, en la luz, allí donde nace propiamente el vivir humano, entregado a un nuevo fluir consciencia en el presente donde yace su sentir. El poeta entrega como sustancia los fenómenos que le hacen consciencia, en su instante despierto logra en la palabra la unidad de ese instante, tal como el filósofo logra la unidad desde su método en la meticulosa búsqueda del conocimiento. Se reusa a no estar presente, por vocación se entrega a momentos oscuros, se revela y busca en el lenguaje esa palabra perdida que le muestra lo humano, la finitud que empieza en cada amanecer. Desciende hasta sus entrañas desde las palabras en presente, se unta de símbolos perceptibles que germinados de silencio hacen de su realidad una maravillosa posibilidad de vida. El pensamiento más leve encierra la probabilidad de grandeza, lo obliga a dirigir la mirada y los demás sentidos, sin pretender una verdad duradera. El poeta no dispone del tiempo como el filósofo para analizar, estimar y asegurar el dominio de un resultado final lógico y universal. El poeta desde el instante se mueve en el ámbito de su esencia, poetiza resultados de su ahora, traduce en palabras el diálogo

interno de un presente sentido. La poesía le permite al lenguaje humano acceder a su esencia, convirtiendo todo lenguaje poético en un pensar “la esencia poética del pensar guarda el reino de la verdad del ser” (Acevedo, 2008, p. 10).

Zambrano (2000), desde su forma de ver y hacer filosofía quiere darle claridad a la vida, a la vida del ser humano que camina hacia el sueño de todos: encontrar la verdad. Sus consideraciones le apuntan directamente a las condiciones interiores propias del poeta. Este en actitud especulativa se aferra al instante, a ese momento que se presenta como única forma de salvación y de conocimiento. Aquello que recibe del instante, sin buscarlo, se une a las cosas que lo rodean, se entrega a ellas en armonía, eliminando de su existencia el problema de la relación hombre–cosa, las entrega a los demás, sin que tengan que buscarla. El poeta como un artista busca la verdad, no en el conocimiento de un objeto exterior, sino en el que nace y reboza como una fuente a partir de una necesidad interior, propia de las profundas condiciones de su ser artista mismo. Se revela contra ese dominio absoluto y totalitario de la razón, porque

Cada época se justifica ante la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella. ¿Cuál será nuestra verdad? ¿Cuál nuestra manifestación? Las verdades tienen sus precursores que han pagado en alguna cárcel de olvido el delito de haber visto desde lejos (Zambrano, 2000, p. 21).

Según Zambrano (2000), es necesario re-crear el alma desde de lo que no se la permitido mostrar, que es su verdadero sentir, sus pasiones, pues la vida concreta del ser humano no está completamente en su razonar, sino también en su saber del alma, el cual, si bien se siente atraído por la razón, está también le debe ser afín a su atracción. Porque “pasión y razón unidas, la razón disparándose con ímpetu apasionado para frenar en el punto justo, puede recoger sin menoscabo a la verdad desnuda” (p. 22).

Para el ser humano la verdad representa un asunto trascendental, Zambrano (2000), como el mero sobrevivir no le satisface, aferra su ser a una verdad que le permita sentir que su tiempo “no pasa, al menos, en balde” (p.22). Por esta razón, “el cauce de la vida es la verdad” (p.22). A

esta verdad sólo se accede mediante el dúo razón – pasión, ya que de su conjunción resulta el ímpetu que a la razón empuja y la intuición que la orienta, como también resulta el justo límite que la razón impone al vigor pasional, y el instrumento que traduce la realidad bajo los términos de nuestro entendimiento.

La época que nos asiste se caracteriza por el legado de Descartes, quien al proponer el Yo como *res cogitans* marginalizó el alma, sede de las pasiones, de la empresa de la verdad. Así empieza un paulatino proceso de laicización de la psique (alma), emprendido por la psicología científica. La ciencia, en tanto busca predecir, controlar y modificar sus objetos de estudio, filtra al alma de sus consideraciones; la deja pasar, no la reconoce, pero ella siempre se inmiscuye y retorna a la vida humana, como lo enseña el romanticismo, en cuanto movimiento contra la Ilustración. El Yo transparente para sí mismo enunciado por Descartes, de talante racional, ha expulsado del universo simbólico al alma de la verdad. Zambrano menciona la inquietud del sí como el antiguo precepto del oráculo de Delfos que exhortaba al cuidado de sí; quien cuida de sí mismo elabora un saber sobre su alma, sobre sus pasiones, a través de ciertas prácticas espirituales; esto porque el acceso a la verdad del alma no es inmediato: hay un esfuerzo necesario de por medio.

La poesía, según Zambrano (2000), evidencia una exaltación de lo natural, un asombro por sus enigmas e inmensidades; pero esto, a la par, es una proyección de sí sobre la naturaleza, de eso propio indomeñable por la razón y segregado por la misma; un exceso inaprensible que cada quien en su intimidad experimenta reiterándole: “Hay razones del corazón que la razón no conoce” (p.24). Así las cosas, por causa de la escisión de la verdad, el saber del alma, extraño a la razón, hace una alianza con aquello de la naturaleza irreductible a fórmulas matemáticas. Es decir, hay una conexión entre esa impetuosidad de lo natural que al humano tanto temor despierta –por más que

se conozcan las causas de los rayos, ante una tormenta eléctrica el temor a su impactado no cambia –; y el sentir de las pasiones del alma que a la razón trasiega.

El ser humano cada vez está más necesitado de un saber delicado que lo lleve al alma, que le ordene el interior que hoy está hondamente necesitado de ello. Se requiere de un saber orientado a lo que se vive, a lo que se ve, a la pasión que se siente, a comprender los sentidos, a acercarse con calma a las cosas, a un espacio y un tiempo que le genere quietud. El hombre está en la tarea de volver a mirar, pero esta vez no desde la razón rígida y normativa, sino desde el sentir, ese que en ocasiones lo puede llevar al delirio de un lenguaje de poesía que es el proceder del alma.

Desde la unión en la distinción, Zambrano (2000), pretende rescatar el diálogo entre razón y pasión. El mundo desde la razón no es la única realidad del hombre, como tampoco lo es desde las pasiones. Sin embargo, dicha recuperación implica denunciar el descubrimiento del hombre como *res cogitans*, pues la cultura moderna, afirma la filósofa “(...) fue arrojada de sí al ser total del hombre, cuidándose sólo de su pensamiento” (p. 24). Era necesario una nueva forma de razón orientada a la vida del hombre, un nuevo horizonte donde las pasiones no quedaran en silencio: “Sin este horizonte de un saber radical, el saber acerca de las pasiones: del amor, del odio, quedaba sin apoyo, flotando en un terrible aire de confesión o, lo que es peor, de confidencia” (p. 30).

2.2 Escribir: acto de salvación de la palabra

Del pensamiento de Zambrano surge la pregunta ¿Cuál es la razón por la cual el hombre escribe? El transitar cotidiano del ser humano está lleno de encuentros y desencuentros hablados, en ocasiones contra el otro, en la experiencia del lenguaje dado. La palabra es siempre oída, pero no necesariamente recibida, no es escuchada. La escucha se satura cuando el lenguaje no es

fundamentando y el diálogo solo viaja en una dirección. Decir al otro significa decir lo preciso para que reciba en él las palabras, como si fuesen propias. La palabra cuando satura, bloquea al otro, genera distanciamiento que no permite responder. El desencuentro con el otro desde la palabra dicha, elimina la posibilidad de continuar hablando. Es en ese momento que surge la imperiosa necesidad de escribir para lograr decir lo que no logró ser dicho, “Se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente” (Zambrano, 2000, p. 36). Es esta la mayor exigencia a la hora de escribir que tiene el escritor. Por ello,

(...) la victoria sólo puede darse allí donde ha sido sufrida la derrota, en las mismas palabras. Estas mismas palabras tendrán ahora, en el escribir, distinta función; no estarán al servicio del momento opresor; ya no servirán para justificarnos ante el ataque de lo momentáneo, sino que, partiendo del centro de nuestro ser en recogimiento, irán a defendernos ante la totalidad de los momentos, ante la totalidad de las circunstancias, ante la vida íntegra. Hay en el escribir un retener las palabras, como en el hablar hay un soltarlas, un desprenderse de ellas, que puede ser un ir desprendiéndose ellas de nosotros (Zambrano, 2000, p. 36).

La palabra hablada en el encuentro ha vivido una experiencia dolorosa entre los seres humanos, ha vivido un desencuentro. Hablar al otro, es ubicarlo en un plano simbólico para que acoja la palabra. Sin embargo, así no se ha entregado la palabra al otro, ella se lanza, se obliga hasta presionarla contra el otro, generando sufrimiento. El nivel de sufrimiento causado ha sido alto y ese desencuentro con la palabra hablada, en el mismo instante de renunciar al deseo de ser escuchado, ha llevado al hombre a la mudez. El escritor no hace uso de la palabra para quejarse, la usa desde el lenguaje poético para objetivar el sufrimiento y vencer la derrota que sufrió el diálogo. Renuncia a la palabra hablada en el instante que pierde la esperanza a ser escuchado. Se aparta del ruido que produce el discurso, busca en el silencio renunciar a la palabra, para engendrarla y darle luz al nacimiento de la escritura.

¿Qué es el silencio para el escritor? No es ausencia de la palabra, ella siempre estará allí disponible y cercana, el silencio es vacío, es un agujero en la intimidad de la palabra para que desde allí nazca el lenguaje mismo.

Las cosas están en la poesía por su ausencia, es decir, por lo más verdadero, ya que cuando algo se ha ido, lo más verdadero es lo que nos deja, pues que es lo imborrable: su pura esencia. Y la misma realidad se encubre a sí misma. Además, con este juego de ausencia y presencia, las cosas se nos aparecen sumergidas en el flujo del tiempo; se nos muestran como naciendo y tornando a nacer. Su presencia es un milagro, el milagro primero de la aparición de las cosas (Zambrano, 2005, p.77).

El escritor desde el silencio le devuelve la palabra al otro y a la vida. Acceder a la palabra es recrearse en el lenguaje como instante creativo. La ruptura de la palabra con el otro lleva al escritor a su silencio, en él enmudece y escribe las palabras que no se dejan hablar. Las aleja de la realidad, para que, al ser leídas, el lector sea quien las ponga en su lugar, se apodere de ellas, las encuentre y esté dispuesto a entregarse a ellas de forma efímera en un acto de salvación.

Zambrano (2000) proclama que, el escritor defiende la soledad en la que vive, desde ese aislamiento brota un lenguaje comunicable, escribir es salvar la palabra en su existir momentáneo y transitorio. La soledad es una acción orientada a lograr comprenderse a sí mismo, al mundo, es un ejercicio de recogimiento profundo. Ella es la capacidad de comunicar lo pensado en la actividad de la calma interior, permitiendo a las palabras comunicarse con el otro, sin entrar en polémica con él, es al partir “del centro de nuestro ser en recogimiento” que se logra expresar la “vida íntegra”. (p. 36). Esa verdad que se expresa en palabras, es “lo que no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad” (p. 38). La verdad normalmente no se suele decir hablando:

La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, es el silencio de las vidas, y que no puede decirse. «Hay cosas que no pueden decirse», y es cierto. Pero esto que no puede decirse, es lo que se tiene que escribir. Descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor (Zambrano, 2000, p.38).

Siendo fiel a las palabras, dice Zambrano (2000), el poeta las saca de sí mismo, no oponiéndose a sí mismo sino, por el contrario, poniéndose a sí mismo. De esta forma es “ser fiel a

aquello que pide ser sacado del silencio” (p. 40). El poeta retiene las palabras, les da vida hasta reflejar en ellas su liberación. En las palabras no está él mismo, está lo que saca de sí mismo. Escribir no es un buscarse, tampoco es la forma de mostrarse, es entregar lo extraído del mundo convertido en objeto de contemplación, por ello se debe callar la vanidad para entregar las palabras desde el interior vacío. El poeta debe vencer por medio de la palabra instantes de fracaso, en su soledad sedienta la verdad aparece y es escrita para que otros la conozcan. La verdad no se da en el frenesí del bullicio de la mente, ni en las disputas del mundo circunstancial e insustancial de lo exterior a sí mismo: “La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola.” (p.40). El poeta siente sus pasiones y deja a un lado, lejos de la piel, su vanidad, para reflejar sin gloria y como acto de salvación la palabra escrita en pluralidad.

El poeta sale de su soledad, deja de defenderla para comunicar su secreto. Su existencia lo lleva primero a encontrar en su soledad el secreto y, luego de escrito, a comunicarlo. Con lo anterior se da respuesta él mismo a las preguntas ¿por qué me aisló?, ¿para qué me aisló?, y ¿para quién me aisló?, al dar el paso de escribir a entregar revela el secreto: “Lo que se publica es para algo, para que alguien, uno o muchos, al saberlo, vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido” (Zambrano, 2000, p. 41).

Zambrano (2000) asegura, que el vínculo entre el poeta y el público existe desde que se comienza a escribir. A un sin ser leída la palabra ya hay presente una coexistencia con quien la va a leer: “Y sólo llegarán a tener público, en la realidad, aquellas obras que ya lo tuvieron desde un principio” (p. 43).

2.3 La palabra como instante sagrado

El lenguaje es la matriz del conocimiento, en él germina fértil la palabra que recupera y sostiene el conocimiento fundamental de los múltiples saberes del hombre. La palabra poética recibe la luz para mostrar al ser asfixiado conocimiento, es un encontrarse ante una verdad.

Zambrano (2000), nos dice que, las palabras son más de este mundo que las artes plásticas, ellas están menos asociadas al tiempo, debido a que su apariencia es espacial, diferente a la palabra escrita que es sucesiva. El arte parece perseguir una forma perdida de existencia, algo que el ser humano ya había vivido. La poesía en cambio es tiempo que aún no ha llegado, pero se rememora, ella capta la realidad mediante las palabras más allá del tiempo: “La poesía primera que nos es dado conocer es lenguaje sagrado” (p. 45), y palabra sagrada activa. Ella muestra una acción indefinible, pues no es un acto concreto, es algo más, y ese algo es el poema mismo dialogando con el lector en un tiempo y en un espacio, solo los dos, palabras y lector, en acción pura y liberadora. El lenguaje le permite al hombre captar los niveles de realidad que existen, así sea por un instante ese saber experimentado muestra al hombre su condición finita, mortal. La poesía construye la realidad del hombre, recupera espacios para que sean sentidos, dejando de lado la angustia de su ausencia. La palabra aún no escuchada camina hacia la mirada, entrega abundancia, en el vacío previo a su desgarramiento como lenguaje del ser. Por ejemplo, es a través de la mirada que se revelan destellos de certeza que permiten comprender lo verdadero al contemplar sin prejuicio alguno. La poesía es la palabra incandescente encontrada en una existencia que también es propia. Las palabras dan acceso a la verdad después de estar concatenadas en el poema.

La racionalidad contemporánea se debe orientar hacia el reconocimiento de la existencia de lo otro de la razón, que espera en el infierno del ser fluir hacia la claridad como forma de conocimiento, quizás finito, quizás limitado, aceptando los límites y el carácter incompleto de lo

humano. La palabra poética leída transita desde el océano de silencio para despertar en quien la necesita. Llega suelta, sola y sin dueño para ser apropiada en el universo de la palabra: el alma. El hombre la necesita para despertar de la crueldad y liberar la esperanza, y para ello el poeta razona desde el lenguaje para comunicar la palabra que germina arraigada a la existencia.

La palabra poética es un tejido de signos, un entramado con textura racional hacia el otro. Nudos y vacíos evidencian el pensamiento entregado. La poesía en sí misma es vida expresada, es amor a la palabra que sostiene la tela de lo humano, ella teje realidad permitiendo al hombre vivir en su ser ahí.

Para Zambrano (2000), la poesía épica muestra el vivir histórico del hombre. En ese momento la poesía se aparta del lenguaje sagrado y se entrega en forma de lenguaje humano, es memoria “que atesorará las hazañas del tiempo histórico, mediadora entre estos dos tiempos; el histórico y el de la Edad Dorada o Paraíso Perdido” (p.47). Luego nace la poesía lírica, llanto por lo que pasa, por lo que huye, el “hombre que vive como individuo una vida hermética y deleznable; sintiéndose perecedero, sintiendo perecedero todo lo que toca” (p.47).

Lo mismo en la materia objetiva que en la espiritual la lírica realiza la fusión de lo heterogéneo y hace fosforecer las transiciones. La lírica es un arma de defensa contra la vida cotidiana. Su fantasía goza de la libertad de entremezclar todas las imágenes; la lírica es una oposición que canta frente a un mundo de hábitos, en el que los hombres poéticos no pueden vivir, porque son hombres adivinos y magos (Friedrich, 1959, p. 35).

El problema se agudiza con la elegía, se vive lo pasajero, se llora lo que se marchita, para posteriormente crear desde la inocencia de la palabra, ahondando en el interior del hombre hasta encontrar calma y quietud. El poeta moderno teorizó las palabras como una nostalgia de la infancia, sin embargo, “los poetas más lúcidos” (Zambrano, 2000, p.47), no se engañaron con este espejismo y comprendieron que la nostalgia es tiempo anterior a lo vivido y su deber con la palabra es regresarle su inocencia perdida. La palabra se une al silencio para recuperar “su inocencia perdida, y ser entonces...palabra creadora” (Zambrano, 2000, p.49).

2.4 La poesía: posibilidad del lenguaje poético

El hombre apegado a cultivar la diferencia, según Zambrano (2000), olvidó la unidad que existió en un origen de todo lo creado por la palabra: “Es la *poiesis*, expresión y creación a un mismo tiempo, en unidad sagrada, de la cual, por revelaciones sucesivas, irán naciendo, separándose al nacer - nacimiento es siempre separación -, la poesía en sus diferentes especies y la Filosofía” (p.53). La filosofía y la *poiesis* tienen una relación muy cercana desde el nacimiento de la filosofía, siendo “necesaria la imagen de los dioses para hacer presente la realidad (...) fue el vacío de ser, habido en los dioses del Olimpo, el que hizo surgir el espíritu filosófico frente a los dioses” (Maillard, 2018, p.57). La ruptura de esta relación, se generó en el momento en el cual “la Filosofía transformó lo sagrado en lo divino, en la pura unidad de lo divino, y se consumó con la condena platónica de la Poesía” (Maillard, 2018, p.57). Los senderos seguidos fueron diferentes, la filosofía siguió el camino del método y la poesía el camino del lenguaje poético. Zambrano, plantea que es posible una reivindicación de la relación filosofía - poesía haciendo uso del concepto de razón poética; Maillard (2018), afirma, haciendo referencia al sentir poético originario, que, “(...) un saber completo sobre el hombre no podrá ser posible sin las aportaciones de las diversas formas de creación por la palabra” (p. 57). La pensadora española reafirma lo anterior: “Pero había un doble saber: por una parte, saber de la razón que domina; y de otra, un saber, un decir poético del cosmos, de la naturaleza, como no dominable” (Zambrano, 2000, p. 25).

La separación fue rápida “desde el venerable poema de Parménides a la antipoética prosa de Aristóteles” (Zambrano, 2000, p.53). Ese sistema cerrado por la lógica de la razón, que eliminó el ritmo del corazón y solo dejó activo el ritmo del pensamiento, renunció a la inspiración, a las imágenes simbólicas y al ensueño ancestral. En la modernidad es el tiempo sucesivo, el nuevo

motivo de la reflexión de la vida humana. En esta nueva forma de la palabra, el personaje “se inventa a sí mismo y se analiza en la recién descubierta soledad de su conciencia y en la aventura de la libertad, (...)” (Maillard, 2018, p.60).

Filosofía y poesía, según Zambrano (2000), se diferencian de las demás creaciones de la palabra en su identidad, en la identidad que existe “entre la persona viviente y su creación” (p.55), ambas parecen en las horas vividas multiplicar su vida real, alcanzando una “transmutación o metamorfosis en que el alma se ha unido al espíritu o al intelecto, bien porque ella le absorba _en la poesía- o porque la inteligencia haya tomado dentro de si el alma”. (p.56). Es posible hoy entender que poesía y filosofía son dos ejemplos puros de creación con la palabra, están unidas y están logrando al parecer dar esperanza a la vida real, el alma unida al intelecto, ambas se nutren una de otra, “las dos son la fusión de disparidades antagónicas; las dos, apaciguamiento en que los más secretos anhelos se aplacan y la vida encuentra su adecuado espejo” (p.56).

Desde la filosofía el corazón es una modesta casa donde la sangre profetiza la duda, allí la vida existe en original pobreza. Sin esplendor la vida es una incógnita que aparece y desaparece. Pero desde la razón sensible, la conciencia es inseparable del ser, el ser encarnado fluye a través de la conciencia y el corazón es el canal que le permite a al ser y a la conciencia su habitar existencial, permitiendo en alguno de sus huecos el fluir de la vida, sin retención alguna.

El vacío que existe hoy en el ser humano lo alberga el corazón, lo sostiene y le busca un fluir en aquellos instantes subjetivos de existencia, cuando la razón descansa, cuando no se necesita un extenso análisis objetivo para sentir el aroma de la vida. El corazón danza alrededor de la razón mostrando que allí también se alberga la vida, ese fluir de la danza lleva adentro la imagen propia de cada ser, de cada uno como universo único. Sin la extinción de la razón el corazón ilumina la vitalidad original de cada ser, su imagen real de la vida.

La poesía desde el lenguaje alumbra la oscuridad del mundo, ella no busca ordenar de manera racional y pragmática el espacio donde habita el ser, solo dice y atestigua su caos, que potencia la voluntad de poder existir. En este sentido, Novalis (2017), no deja lugar a dudas con respecto al desorden aparente de la poesía:

Mientras el filósofo se limita a ordenar todo, el poeta deshace todo bando. Sus palabras no son signos generales; son tonos, palabras mágicas que movilizan bellos grupos a su alrededor. Tal como los atavíos de los santos conservan virtudes maravillosas, así una palabra se vuelve casi un poema mediante un recuerdo glorioso que la santifica. Para el poeta el lenguaje nunca es demasiado pobre, pero siempre es muy general. A menudo requiere palabras recurrentes, tomadas del uso. Su mundo es simple, como un instrumento, pero asimismo inagotable en melodías (p. 11).

También para Heidegger (1989), el lenguaje amenaza al ser, lo pone en peligro: “En la palabra puede ser dicho lo más puro y lo más oculto, al igual que lo confuso y lo vulgar” (p. 24). En él se mezcla la sublime belleza con las impurezas y las monstruosidades de la vida misma. En el ser del poeta las impurezas se hacen significativas, lo habitan, su presencia ilumina la condición humana, para entregar-se a una maravillosa mezcla de frutos impuros: a la poesía.

Heidegger (1989), invita a pensar acerca de cómo la poesía, en su trato con el mundo, empieza por hacer posible el lenguaje:

el campo de acción de la poesía es el lenguaje. Por tanto la esencia de la Poesía ha de comprenderse mediante la esencia del lenguaje... Poesía es dar nombres, fundadores del ser y de la esencia de las cosas, y no un decir cualquiera, sino precisamente aquel que por primigenia manera saque a la luz pública todo aquello de lo que después, en el lenguaje diario, hablaremos nosotros con redichas y manoseadas palabras. De aquí que la Poesía no tome jamás al lenguaje cual si fuera material que está ahí para que se lo trabaje; es, por el contrario, la Poesía misma la que, por sí misma, hace hacedero el lenguaje (p. 32).

Lo anterior tiene sentido en el momento en que se entienda a la poesía como potencial originaria de significaciones, de tal forma que el lenguaje como suceso poético sea creatividad de lo humano, que permita comprender lo que las cosas son para el hombre y lo que el hombre es para las cosas. La poesía como fuerza semiótica hace del lenguaje el medio a través del cual puede hablar el mundo. Desligándose de las urgencias cotidianas retoma la tarea primigenia, a saber:

entregarle al hombre significaciones, fuentes de agua invisibles que hagan de las palabras, drenadas de impurezas, signos vivos que no paren de fluir.

Poesía: ningún juego; la relación con ella no es un escape lúdico, una distracción que hace olvidarse de sí mismo, sino que es el despertar y la concentración de la esencia más propia del individuo, mediante la cual él se retrotrae al fondo de su existencia (Heidegger, 2010, p. 21).

El lenguaje poético descubre el mundo habitado, para transformar la existencia dada. Signos y símbolos codifican el lenguaje para que el hombre viva en su ser ahí: “Poesía es, pues, fundación del ser por la palabra” (Heidegger, 1989, p. 28). Es lenguaje como energía viviente que circula por las subjetividades creadas por el poeta, en el habitar de su propio lenguaje.

2.5 La metáfora como verdad transitoria

El hombre necesita del conocimiento para darle sentido a la vida. Para ello debe desplazarse hacia una antropología que tenga en cuenta la totalidad del ser, donde el dúo razón-sensaciones logre estar en equilibrio y pueda iluminar la existencia. Sin que la filosofía decline en favor de la poesía y ni la razón en favor de las sensaciones, Zambrano (2000), propone una razón poética que busque en el sentido original “esa necesidad que la vida humana [...] tiene de transparencia, de hacerse visible” (p. 56). Para esto considera como forma privilegiada la metáfora, la cual tiene un estatuto cognitivo. Ella permite ver un objeto en expresión de otro y como objeto en sí mismo. A los objetos los une algo insignificante y sin embargo, se resisten a compenetrarse. Haciendo de la semejanza la desemejanza de ambos objetos. En el primer acto la metáfora destruye los dos objetos reales, para en un segundo acto construir desde ellos un tercer objeto que resulta ser un objeto estético. Este no se ubica en un plano real, sucede en otra dimensión, donde los objetos interactúan de forma recíproca, que genera un objeto nuevo, que no es el resultado de la explicación de una

semejanza, sino de una transferencia mutua. La metáfora es un proceso de suspensión de los objetos reales, para llevarlos mediante un proceso creativo a una realidad suprema.

Zambrano (2000), acepta y profundiza en algunos aspectos la posición orteguiana, considera la metáfora como la única “manera de presentación de una realidad que no puede hacerlo de modo directo” (p. 59). Es la forma como el hombre encuentra la manera de interpretarse a sí mismo, expresan esencia y proporcionan los paradigmas que permiten comprender la realidad. Las creencias toman forma desde la metáfora, encaminan y planifican la experiencia del hombre en el mundo.

Las decisiones que en la cotidianidad toma el ser humano, para hacerse a sí mismo, están regidas por las creencias, por convicciones arraigadas que constituyen su mundo racional propias de su racionalidad. Se considera que una idea es buena cuando después de interpretada le proporciona una respuesta a la realidad. El hombre no comprende la realidad absoluta, solo tiene acceso a un retazo de ella, es en ese espacio en el cual interpreta sus ideas para construir su tejido de creencias, estas son la forma primaria de percepción de él mismo y del mundo que lo rodea. Metafóricamente, según Zambrano (2000), el hombre hace el nexo con la realidad para tomar conciencia de sí mismo, de forma provisional pero regulada: “La primera conciencia que el hombre adquiere es la que podríamos llamar conciencia poética en que la enajenación toca a una cierta identidad” (p. 162). El lenguaje común es el que está lleno de metáforas, ese lenguaje que se usa en la cotidianidad y que renuncio a la fórmula sistemática, usada en la filosofía, para orientar y cuidar a los hombres, ella como revelación forma parte de la cultura.

El conocimiento racional no alimenta de forma total al ser humano, este es parcial, la parte sensible, sin entregar respuestas intelectuales, renueva al ser en el mundo, le entrega energía y fe para actuar, es su espacio de realidad. El hombre debe vivir el dúo razón – sensaciones y es allí

donde la razón poética entrega la otra parte de satisfacción. La vida debe ser vivida en todas sus dimensiones, el saber debe estar soportado en la comunicación efectiva del conocimiento que haga a los seres comunes y participes de un mundo habitable para el ser ahí y el otro también presente en su allí.

La metáfora tiene un centro que le permite configurar su sistema periférico, todo emerge desde el centro y desborda el sistema que gira en torno suyo. Ella no es sólo un recurso lingüístico que permite la comunicación, antes que nada, es lenguaje ontológico, son revelaciones que están en la base de la cultura social. Es la forma de mostrar algo que no se puede decir de forma directa por no lograr una definición racional.

Según Zambrano (2000), la metáfora muestra la riqueza de sensaciones que habitan en el corazón, siendo ellas una realidad del instante vivido. Son verdades transitorias, puntuales, que permiten mostrar una realidad inacabable, que logran ser captadas desde la subjetividad del ser. La razón, desde su objetividad plena y basada en su propio sistema, no le teme a la metáfora, la considera sin sentido e intangible. La metáfora sin ser luz para la filosofía, entrega en cada una esplendor, espacio y tiempo para ser sentidas. Ella es “un culto dionisiaco, de embriaguez vital, en el que se transfunde una vida divina a quien la bebe; metáfora de una sed infinita, una sed por esencia inextinguible” (p.63). La embriaguez poética pretende lograr una identidad superior. Una metáfora, mi corazón está en llamas, es un espacio que se abre en el interior del ser y acoge una realidad. Es el nacer de sentimientos “que saltan por encima de los juicios y de lo que puede explicarse” (p.64). Es una verdad que surge después de la incertidumbre, de momentos difíciles, el ser se abre paso a “descubrir los poros de la realidad cuando se muestra cerrada” (p.64). El ser siente una llama que no lo quema, ella solo trae en su danzar felicidad. Pero no todas las metáforas

son para llevar al ser a un estado de felicidad, en ocasiones abren heridas, las dejan vivas, gota a gota producen dolor, el ser “puede sentir su peso, que equivale al del universo entero” (p.64).

Para Zambrano (2000), el pensamiento racional nos lleva a perder “espacio vital” (p.65) a no sentirnos a nosotros mismos, a no irradiar, a vivir en oscuridad, cerrados. El corazón permite abrirnos a acciones heroicas, en un sentir activo, un sentir que ofrece integridad: “al ofrecerse no es para salir de sí mismo, sino para adentrarse en él a lo que vaga fuera” (p.66).

Las metáforas pertenecen a la cultura misma y, por sus sendas de luces ha caminado la filosofía. Ellas siguen vivas y permanecen con el transcurrir de la existencia del ser humano estableciendo formas de vida y comportamientos impuestos por estas. Sin embargo, atadas al devenir de la vida no han logrado mostrar la profundidad en la existencia de los hombres.

El corazón parece ser condenado al ostracismo por el logos y el mundo intelectual. Pero, se mantiene ahí ferviente al margen de la cultura y, oculto con el paso de la historia, presente siempre el corazón insistente, parece no desaparecer jamás hasta que la humanidad desaparezca,

Zambrano metafóricamente muestra al corazón como ese espacio que se abre para dar lugar a la realidad, al instante presente. Es él quien se abre paso con fuerza el ser ahí, entregando verdades acompañadas en muchas ocasiones de finitud. El corazón se abre paso allí donde muchas veces la realidad cierra las posibilidades, es el amor ese fuego que purifica y lleva por el devenir de la existencia humana.

Las metáforas, como formas de pensamiento, tienen como función abordar realidades que no serían posibles comprender desde la razón, emergiendo, para dar luz como lo hace el fuego, llama que atiza el conocimiento. Un conocimiento que se encuentra en lo más interno del ser, que muchas veces no se puede expresar de forma clara con solo palabras – o por lo menos así se cree -

, por ello, se acude a la metáfora para explicar esa realidad, que aunque oscura, existe. Ella sacrifica la cosa misma, para hacer otra superior, es en sí, el paso de un sentido a otro, “la metáfora...sirve para dar el sentimiento de proximidad con lo inefable, el ser mismo que elude la ramplonería de la palabra prosaica” (Dumoulié, 2022, p. 151).

2.6 La crisis: un alejamiento de la dimensión espiritual

El sentimiento constante de vivir en crisis, según Zambrano (2000), permea los seres humanos de forma innegable: “No parece demasiado necesario justificar que creamos estar viviendo en crisis; es ya un lugar común de nuestros días, y como tantos lugares comunes nos hace correr el peligro de que resbalemos sobre él, sin adentrarnos” (p.99). No sentir esta percepción “será tanto como resbalar sobre nuestra propia vida” (p.99). Esta filósofa abre la puerta e invita a iniciar un camino que nos lleva al interior, pues debemos transitar la vida teniendo conciencia clara de ello. Para este construir es necesario ir al fondo de sentimientos oscuros, para sacar a la luz conceptos vacíos otrora racionales que llevamos dentro. Es en este momento donde se hace relevante la introspección, el saber espiritual, eso que ella llama saber sobre el alma, es lo primero de lo que nos alejamos en el momento de crisis. “Lo que está en crisis, parece, es este misterioso nexo que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental, que es nuestro íntimo sustento” (p.104). La crisis es un alejamiento de la dimensión espiritual, ella es una sensación humana que no le permite sentir-se.

En los momentos de crisis las circunstancias externas son las que se imponen, el hombre pierde el conocimiento de sí mismo, sin ofrecer ninguna resistencia. En ese instante la libertad se rinde ante la realidad. La definición de crisis de Zambrano (2000) es:

Lo más humillante que existe para un ser humano, es sentirse llevado y traído, arrastrado, como si apenas se le concediera opción, como si ya apenas fuese posible elegir, ni tomar decisión alguna

porque alguien, que no se toma la pena de consultarlo, las está ya tomando todas por su cuenta (p.101).

Estar de pie en un momento de crisis no es fácil. Se debe caminar hacia la aceptación, aceptar que se está en crisis, sin evadirse, pensar que no todo está perdido, es el momento en el que la esencia del ser humano debe permanecer intacta.

Asumir la existencia es elegir vivir con consciencia de estar en su ser ahí. A la pregunta “¿es posible ser hombre?” (Zambrano, 2000, p.102), la respuesta de la pensadora está direccionada a un existir en la realidad, asumiendo un determinado quehacer y buscar un sentido a la existencia. Trascender, es una forma de rebasar los límites, dejar huella en el otro, “actuando más allá de sí como si el ser de cada cosa terminara en otra” (Zambrano, 2000, p.106), trascender es transmitir conocimiento y experiencia sensible, y simultáneamente alimentarse de los saberes del otro.

El hombre tiene que construir su propio ser ahí, pues no lo recibió como regalo. Este tener que hacerse es lo que llamamos esperanza:

el hombre nunca ha nacido del todo, tiene el trabajo de engendrarse nuevamente, o esperar ser engendrado...Por eso tenemos tiempo, estamos en el tiempo, pues no tendría sentido consumimos en él, si ya estuviésemos forjados del todo, si hubiésemos nacido enteros y acabados (Zambrano, 2000, p.112).

El hombre, debido a su nacimiento incompleto, en un mundo incompleto, no puede vivir de forma natural y es por eso que busca la religión, la filosofía, el arte, la poesía, la música y la ciencia. Su incompletitud lo lleva a la esperanza. “El hombre...necesita hacerse una realidad entera donde vivir. Por eso edifica una objetividad. Objetividad que es la estabilidad vigente, el orden que a todos llega y cobija, que todo lo ordena y aquieta” (Zambrano, 2000, p.114). El exceso de objetividad consume la esperanza, la falta de subjetividad complica la realidad, para conocer la existencia de su ser ahí, el hombre debe vivir en la dualidad, razón - sensación, para lograrlo tiene la posibilidad de reaccionar de dos formas ante un pensamiento de algo aún desconocido:

una es permanecer insensible ante la verdad a que apuntan; otra, darse cuenta, por una sensibilidad nacida de la necesidad que tenemos de esa verdad, de que está allí, y no poder, sin embargo, encontrarla. Es el conocimiento que da la sed para pegarnos a la roca bajo la cual mana el agua, sin poder deshacerla para que salga a la superficie (Zambrano, 2000, p. 23)

Zambrano entrega un acercamiento, desde la razón poética, a ese pedazo de cosmos que habita en el hombre, que lo quiere iluminar y al que el hombre ha llamado alma. Desde su filosofía reclama el sitio que debe tener el alma en la vida, sintiente, creadora, fantástica y en comunión con la razón. Se trata de afirmar la necesidad de acercar el razonamiento al sentir y sentir-se, lo cual le daría solidez a todo el conocimiento que adquiere el ser humano. Promulgar un nuevo horizonte para el alma la haría visible, la llenaría luz, la sacaría de la oscuridad en la que vive desde los griegos. La fuente de verdad de la poesía brota de una íntima necesidad de expresar la totalidad de la existencia misma del poeta que traspasa los límites del ser y le apunta a la comprensión de la totalidad del ser mismo, se realiza en vida con sus infinitas pluralidades, imperfecciones y ambigüedades.

La razón poética de Zambrano no es una capacidad deductiva, es la capacidad de intuir acerca del ser, hacer fecunda su existencia. Adentrándose en sus infiernos, invita a intuir la verdad como evocación simbólica que muestra tranquilidad, fuerza y belleza. Ella es en esencia inexacta, ambigua y metafórica. Vive en medio de una multiplicidad cambiante, frente a una realidad que no busca cambiar en nada. Su intención es de apertura, de transmutación, un dejarse llenar de todo lo creado sin resistirse a nada, quedarse vacía para que todo habite ella. Ella protege y multiplica la energía vital de la palabra que sale a la luz, desde la consciencia oscura del hombre, susurra para penetrar las entrañas hasta dejar un germen de palabra.

Para Zambrano, la filosofía y la poesía son caminos que conducen al conocimiento, a una verdad que da sentido. Los caminos transitados por la razón y la poesía, deben llegar a un plano de

reconciliación, para permitir comprender la existencia. Entender esa verdad que da sentido a la vida y que parecía estuvo en un momento bifurcada pero que indefectiblemente se encuentran en el alma, como un orden del interior de hombre, un orden que aún hoy está incompleto. Esta pensadora propone la reconciliación entre saberes, por lo menos en occidente, ante unas lógicas de la razón que lo separan, por métodos, formas y lenguajes, y que se presentan como disímiles. Además, nos presenta en sus reflexiones cómo la vida misma busca su cauce, como el río lo busca para poder fluir sobre la tierra, humedecerla y nutrirla, para que de ella broten los frutos a ser disfrutados por los hombres: la verdad y el saber.

Ahora bien, el saber desde la razón poética de Zambrano, necesariamente se debe abastecer de otras variantes para que tome fuerza, otros pensamientos y otros saberes la robustezcan en su intención de encontrar sentido, encontrar conocimiento. Saber sobre el alma, que siempre parece estar incompleta, desde aquellos oráculos a los que se acudía por respuestas, pasando por ritos y cultos que intentaban dar sentido a la existencia, inexplicable para el hombre, hasta llegar, por decirlo de alguna manera, a ese oráculo propio: “conócete a ti mismo” (Zambrano, 2000, p. 32), que se ha interpretado como el autoconocimiento al que se accede a través de la filosofía, camino de perfeccionamiento para estudiar y descubrir el alma, piedra angular sobre la que descansa la verdad, el saber y el conocimiento cualquiera que se pretenda. Filosofía y poesía son las depositarias de la esperanza del ser ahí y de su allí como tiempo para sentir-se en un mundo habitable, que busca “engendrar por entero al hombre en la inmortalidad del alma” (Zambrano, 2000, p. 121).

3. La poesía un comprender la existencia: un vivir en libertad

El silencio mirado desde lo humano
es el fin de la persecución del delirio
y el inicio de un fluir íntimo de libertad.
(Pulgarín).

En este capítulo se mostrará cómo para Zambrano, la poesía, es apertura. La palabra en soledad se desplaza por la intimidad de formas sagradas, se entrega al silencio para despertar-se. El poeta embriagado de la palabra, no necesita dioses, su realidad vive detrás de ellos, en el silencio mirado desde lo humano. La palabra hecha verbo es el fin de la persecución de su delirio y el inicio de un fluir íntimo de libertad. Pensar, cantar y hasta gritar las palabras concatenadas que entrega el poeta es conocerse en el mundo. Es conjugar la razón y la emoción. Sentir la palabra en libertad, sin desafiar la razón, es pensar y vivir de forma simultánea la existencia como un sentir-se. Según Zambrano, la palabra poética es subversiva, libertaria, está más allá del lenguaje diario, entrega la posibilidad de trascendencia, es ella la revolución en cada ser. La poesía saca al hombre de su historia diaria atada a necesidades creadas, lo convierte en testimonio de su presente, de su camino y le abre la puerta a la libertad. La poesía como palabra es el mundo del hombre en presente, y sobre todo es el instante mismo de libertad racional, es el instante de la dualidad liberadora y extrema. El capítulo está dividido en tres partes: Pensar y sentir coexisten sin fronteras. El lenguaje poético crea en libertad y lenguaje poético: silencio que produce la vida.

3.1 Pensar y sentir coexisten sin fronteras

Para Zambrano (2005), la palabra escrita permite definir silencios, ella fija lo inexpresable, “porque no se resigna a que cada ser sea solamente lo que aparece” (p. 72). Ella genera doble experiencia, una al leerla y otra al sentirla. El ser humano goza de la existencia al percibir las

cualidades reales de las cosas, en este caso de las palabras concatenadas. La capacidad de sentir y valorar es aparentemente independiente en el sujeto, sin embargo, cuando se logra sentir, es inmediato que llega la valoración de lo sentido y es en ese instante cuando se descubre y se enriquece la experiencia de la sensibilidad espontánea del ser humano. Ella no requiere de largos tiempos de razonamiento, solo necesita el estar en ese instante presente, que al final, es el único hogar permanente y seguro en el cual el individuo puede vivir su efímera e insaciable existencia en libertad. Disfrutar los sentidos es entregarle al alma una verdad temporal, espontánea y sencilla, así la muerte no abra que esperar a la muerte para liberarla, ella será libre en el día a día, en cada momento que la carne le entregue sentires. El poeta desde la sensibilidad espontánea del cuerpo, entrega sentires al ser.

Pachón (2022), en su libro, *La filosofía y las entrañas*, presenta desde el pensamiento de la filósofa, cómo la poesía abre el espacio del hombre a la soledad, al vacío; un espacio no lleno, desamparado; un espacio donde el hombre se pregunta y se siente. Es sólo sintiendo soledad que el hombre adquiere para sí la libertad. Esta es preguntarse por el ser, que en la realidad diaria no se siente y mucho se necesita. Existe un instante, en ese vacío que posibilita la imagen del ser, de sentirse más allá de las cosas; hace presente la consciencia humana. El hombre se humaniza desde la palabra escrita, el secreto que se comunica, se revela lentamente, en el propio acto de escribir: “(...) ese secreto es una verdad que la vida se transparenta, una expresión de la vida misma” (Pachón, 2022, p.87). Ella como actitud original es revelación en la poesía, es “una tensión entre lo divino y lo humano” (Pachón, 2022, p.97). La poesía emerge del vacío de ir a las entrañas mismas, busca de nuevo, va tras el ser, despierta al hombre que desde un origen ha estado buscando la libertad.

La palabra hecha logo es un elegir y elegir genera angustia, miedo, cada decisión es una nueva posibilidad de libertad dada desde el ser, es un despertarse, un sentirse que asfixia en un horizonte donde la vida misma es en sí un triunfo consumiendo al hombre, en una dialéctica del ser y no-ser, en la cual se construye a cada momento. La vida como algo concreto debe renunciar a la esperanza y a buscar la luz desde la propia oscuridad de cada ser. El camino desde la razón es colectivo mientras que el camino desde el sentir es individual. Cada hombre debe adentrarse solo en su interior, viajar por sus entrañas, allí donde habita la palabra hecha logo. Voluntariamente la palabra brota desde la oscuridad cuando es buscada.

La poesía es alimento, suave y reconfortante. Las palabras poéticas son permiten ver la vida, entregadas desde el aislamiento abren el espacio individual, liberan “la palabra es, entonces, libertad, libertad dentro de un mundo hermético” (Pachón, 2022, p. 94). El lenguaje es propio de cada tiempo, sin embargo, las palabras escritas desde la verdad de la vida se traducen en cada época, se transparentan, a diferencia de la filosofía que con la aplicación del método crea límites dentro de su luz. En palabras de Zambrano (2000), la poesía disuelve, pretende iluminar las razones oscuras del ser, articulando razón y lenguaje, el hombre desde el origen ha logrado sentir algo de identidad:

El logos de la filosofía traza sus propios límites dentro de la luz. El de la Poesía, en cambio, cobra su fuerza en los peligrosos límites en que la luz se disuelve en tinieblas, más allá de lo inteligible. Pero la poesía nació como ímpetu hacia la claridad desde esas razones oscuras, por eso precede a la filosofía. Lenguaje meramente inteligible, y le ayuda a nacer. Sin poesía previa la razón no hubiera podido articular su claro lenguaje. La primera conciencia que el hombre adquiere la podríamos llamar conciencia poética en que la enajenación toca a una cierta identidad. La embriaguez poética primera es ímpetu, aspiración -como quizás toda embriaguez lo sea- a una identidad superior (p. 154).

Según Zambrano, complementario a la razón, en el hombre existe algo adicional que produce vida, un centro vital con el poder necesario para sentir la existencia móvil, dinámica y fluyente hacia la realidad del instante. Estar en presente conjuga por un instante la razón y la pasión;

el tiempo deja de existir para salvar la libertad. Sentir la realidad es fundirse en un todo, en un instante que transporta y comunica las cosas al ser. La existencia es dinámica y el ser humano su protagonista, todas las cosas suman en la naturaleza, la realidad no renuncia al sentir de la vida, ella forma parte activa de la existencia humana. El hombre interpreta lo que se le revela, descubre y se adentra en la oscuridad de su tiempo.

Logos filosófico y logos poético se producen de la misma raíz: la palabra, de “esta síntesis surge la razón poética, que es la unión de intuición más razón, también de pasión y de razón” (Pachón, 2022, p. 157). El conocimiento poético es gusto, tacto, es la donación de los sentidos al vivir del hombre, es una síntesis que no renuncia al saber como intuición. Es un intento desplegado y sustancial que sale del centro, del interior, del origen y que va más allá de las entrañas. Para Zambrano (2000), “los filósofos, los novelistas y los poetas, (...) han alumbrado algo de las razones del corazón, de las entrañas del alma” (p. 30). Es un elegir del hombre hacia sí mismo, convertido en sabiduría no es ciencia, al no ser fragmentado carece de violencia. El sentir original ilumina las entrañas, es un sentir que se expresa desde la palabra misma, la cual transparenta la intimidad, haciéndose consciente en la razón hacia un sentir fluyente. Es una existencia sin un foco inquisidor.

La propuesta del pensamiento de Zambrano es mostrar que pensar y sentir coexisten sin fronteras en el tránsito de vivirse abierto a la sensibilidad disponible como revelación, como un dejar verse. El logos poético existe desde el mismo origen, no es una nueva forma de lograr conocimiento, es el conocimiento que le ha dado tránsito a la existencia del hombre, a la vida misma expresada en la razón. El ser humano en su vida cotidiana busca sacar lo oculto a la luz, dejar de ensanchar lo desconocido alimentándose de un sentir iluminado que traspase la consciencia lógica. El ser humano debe bajar la intensidad de la conciencia inquisidora, la cual lo saca de su centro dejando de lado una realidad que se desconoce y existe para sostener la existencia:

“entre más se ensancha la conciencia más se ensancha el mundo desconocido” (Pachón, 2022, p. 159).

Zambrano hace referencia a pensar – sentir, como la necesidad de un encontrarse la razón y las entrañas. El ser humano se oculta de su origen, se aleja de la necesidad recibida, busca su proyecto de vida en la razón, trabaja desde su concepto de horizonte, resistiéndose a descubrir lo aún no revelado. No aventurarse hacia su interior mantiene su sensibilidad presa, incompleta y sin desprendimiento. La sensibilidad le permite al hombre salirse de lo biológico y llevar su existir diario a la revelación, al devenir perenne de cambios. Aparentemente pensar y sentir son caminos diferentes, una unión no lograda que no permite descubrir lo no revelado, sin embargo, en el tránsito de la existencia ellos se encuentran, caminan juntos y entregan conocimiento en diálogo de palabras rescatadas de la pasividad.

La verdad, según Zambrano (2000), sirve de alimento y sostiene en lo alto la vida del hombre, sin devorarlo lo saca a la luz, lo conforta y le da ánimo para soportar la angustia que genera el existir. Cuando el ser humano se agarra a la verdad, siente que su vida no pasa en vano, algo bueno en ella se da, y lo que se recibe son instantes de libertad. Solo los precursores de la verdad, aquellos adelantados entienden que “Únicamente en la verdad esclarecida reconocemos a la verdad semivelada” (p. 21).

Zambrano, en el ensayo *La metáfora del corazón*, plantea que el elemento carnal tiene habitaciones, espacios abiertos, divididos, que invitan a la conciencia a ocupar alguno, sin embargo, a ella no le apetece. La conciencia como motor inmóvil, busca el conocimiento en todo lo que nos rodea. La conciencia no tiene interioridad, ella es solo acto puro, el pensamiento es en ella un acto de vida. El corazón es vulnerable, por él circula el habitar sentido, cotidiano, de cada ser por este mundo. El corazón es imagen, casa que no cubre el firmamento, deja huecos que permiten circular

la libertad, la vida extendiéndose, colonizando el ser. Cada ser humano tiene su propio espacio, su propia pluralidad, vacíos donde aparece la luz que pide ser vista y circular por el interior del ser carnal que se es.

El conocimiento no sólo proviene de la razón, existen diferentes formas de llegar a éste y poderlo expresar, tal es el caso de la metáfora, que nos descubre muchas veces aquello que la razón no logra explicar, eso que viene de adentro, de lo más profundo de nuestro ser, que es llama - como la llama de Prometeo: fuego sagrado que desarrolla la vida y permite el conocimiento (Esquilo, 435 a 470) -. Consiste en un conocimiento que surge de la experiencia de la propia vida, de su libertad a secas, sin método, pero que es luz para la existencia, que no se explica a través de formas complejas pero que sí lo hace con la brevedad y la sutileza de las palabras que afloran del interior.

Zambrano presenta la vida necesariamente como crisis, y vivir en crisis implica inquietud frente a esa vida o a un algo de esa vida. La inquietud deviene del desconocimiento y de la incertidumbre, llevando al ser humano a un estado de tristeza. Así, ese afán frente a la incertidumbre lleva al actuar. Un actuar que no siempre es reflexivo, y ello hace al hombre sentir vergüenza, vergüenza que podría ser dominada al observar con detenimiento y al reposar frente a la vida, sin que ello sea visto como quietud ante ella. Y es allí, donde la esperanza aparece para solventar la crisis, para permitirle al ser trascender, salir airoso de esa agonía que representa la vida, que, como se indicó, es necesariamente crisis.

La crisis entonces parece fundamental, la inquietud que ella nos produce, nos enseña que somos seres no terminados, somos problemas vivientes, en busca de una trascendencia que rebase nuestras creencias, para dejar algo nuevo en nosotros y en el otro: cambios. Crisis, que van acompañadas por las creencias que no son otra cosa, como dice Ortega y Gasset, que la realidad donde el ser se inserta de forma incompleta. Al ser seres incompletos, que requieren constante

actividad, luchan contra la esclavitud de las mismas creencias en busca de libertad, como ese anhelo que llega a dar parcial y temporalmente sentido a la existencia. Se busca ir más allá de esa incompletitud que no admite conformarse al ser, que lo lleva a transitar por diferentes conocimientos (místicos, filosóficos, artísticos, científicos). Se abrazan conocimientos que permitan estar completo, por lo menos, hasta que la crisis nuevamente reaparezca y el ciclo vuelva y comience, en un eterno retorno, siempre acompañado de esperanza para sostener esas nuevas creencias.

Como lo plantea Zambrano, el poeta no busca razones para hacerse preguntas como el filósofo. En lugar de ello se libera de dicha persecución. Desde el silencio mirado fluye en su delirio íntimo sintiendo libertad, en su devenir sufre, la nostalgia lo devora en su confinamiento, añora su estado inocente donde no cargaba ninguna culpa. En soledad se desplaza por la intimidad de formas sagradas, embriagado de la palabra, no necesita dioses, su realidad vive detrás de ellos. Se entrega a su silencio para despertar. La palabra hecha verbo es el fin de la persecución de su delirio y el inicio de un fluir íntimo de libertad.

3.2 El lenguaje poético crea en libertad

Para Zambrano (2005), el poeta “(...) se desvive, alejándose de su posible sí mismo; por amor al origen” (p. 62), para volverse objeto que busca conocer. El sujeto y el objeto se diluyen en realidad permanente, para llegar al ser, teniendo como punto de partida al ser del ser mismo. El lenguaje poético en ejercicio revolucionario se abandona en este mundo: crea otro en libertad.

Según Zambrano (2000), “todo saber es revelación” (p. 131). La poesía como saber individual, es un acercamiento íntimo y discreto al ser, la palabra imprevisible llega al lector que

la des-cubre como camino hacia la libertad. A través de él las cosas hablan en el contacto inmediato con ellas mismas, en el mundo inmenso de las cosas reales o imaginarias, sin tener que haber experimentado la intimidad del poeta, se pretende vivir lo que no se ha vivido para así lograr apertura al lenguaje. La filósofa Chandal Maillard (2014), se identifica con el pensamiento de Zambrano, al asegurar que la poesía des-cubre:

El poema que, recogido, entrañado, hace el corazón, lo descubre. Corazón-memoria. Corazón antiguo. Algo se reconoce: «¡Esto era!», exclamamos. A-sentimos. No sabíamos que lo sabíamos. El poema no nos enseña nada que no sepamos ya. El poema sólo des-cubre. ¿Qué es lo que descubre? ¿Qué es lo que re-vela? Porque no hay descubrimiento sin revelación (en las artes como en la ciencia), y toda revelación es un volver a velar. ¿Qué es lo que se vela? (p.17)

La razón poética de Zambrano, es una forma de revivir la imagen de la cosa en sí misma, confrontarla con lo inmediato en una función de apertura y presencia, es un prenderse de la realidad explicable desde el silencio que antecede la palabra. Es la liberación de la mirada acostumbra a solo ver en las cosas su utilidad en lugar de la imagen y la metáfora que la envuelven para producir asombro. Ella permite, en admiración natural, disfrutar del placer de observar más allá de lo normal, obliga a salirse del hastío de la vida, para rehacerla en diálogo, en un viaje solitario hacia el ser. y luego hacia el otro.

En la naturaleza humana no están contrapuestos lo consciente y lo inconsciente, la razón y sentir, ha sido una lucha impuesta al hombre, “(...) el pensamiento reposa, las imágenes velan” (Bachelard, 1975, p. 15), para que el ser recupere su unidad. El dúo razón – sentir ilumina el mundo del poeta, lo aleja y lo envuelve en su soledad, haciendo de la palabra poética el puente que une la dualidad impuesto al ser. Ella muestra la posibilidad de trascender su finitud frágil. El lenguaje poético comunica la palabra en ocasiones serena en otras violenta para que las imágenes adquieran valor. Convoca a cuidar la vida misma, como una conquista, como germen “sirve para la purificación del mundo” (Bachelard,1975, p. 37), convoca lo consciente y lo inconsciente, lleva al

hombre más allá de la soledad: la ilustra. Recupera la vida lenta, fresca y contemplativa que necesita el ser y que se ha tenido perdida.

La palabra poética para Zambrano, entrega los secretos del ser y de los objetos en un mismo instante, ella se niega a los preámbulos y a los métodos, sigue la vida en simultaneidad hasta conquistar la unidad en el preludio del silencio. Construye cada instante, destruyendo la continuidad del tiempo encadenado, agrupando muchas simultaneidades, de tal forma que el poema contenga elementos del tiempo destruido. A diferencia del tiempo horizontal de la prosa, de la vida social, del viento frío que refresca la piel o el que llega con sonidos, el del poema es un tiempo sin compás, detenido, un instante estabilizado, vertical que una vez organizadas las simultaneidades el lenguaje poético alcanza perspectivas metafísicas.

Ahora bien, según Zambrano el hombre que renuncia a su sensibilidad, le niega la libertad al ser. Su existir no logra la totalidad. La existencia es un caminar del cuerpo y el alma juntos hacia la muerte. Madurar la muerte desde el movimiento espontáneo de las pasiones es vivir en un cuerpo poético, adentrarse en la piel es disfrutar la angustia propia apegada las pasiones a la carne. El lenguaje poético conmueve, invita, sorprendente y consuela. Es una bella armonía de dos opuestos, en el cual siempre habrá razón y pasión, antítesis que están en la piel del poeta. La poesía crea el instante al violentar el tiempo horizontal, tramando, teje nudo a nudo en la oscuridad de su propia luz, sintiendo la dualidad del ser el pensamiento se eleva o se hunde, está vivo para liberarse sin desviación alguna.

El lenguaje en estado salvaje se entrega al servicio del poeta, para ser consumido y transformado como objeto en sí mismo. Mientras que en palabras domesticadas llega al filósofo para designar cosas y conceptos. Es por ello que el lenguaje poético le entrega espacio a lo opaco y ambiguo, a la reinterpretación y a la participación del otro a diferencia del lenguaje filosófico

que trata de aclarar conceptos, explicar teorías y fenómenos argumentando para ello tesis específicas. El poeta no tiene por objeto aclarar conceptos, en su lugar busca evocar a la imaginación hacia un obrar existencial en libertad.

En el mismo sentido, para Bachelard (1982), la ensoñación es un acto que solo el ser humano puede realizar a consciencia, en la felicidad que siente aquel que no está obligado a vivir desde la razón. El poeta en su ocio anuncia el cogito, el lector vive esos instantes entregados y sin descubrir al poeta, descubre excitado su propio sentir poético habitando en su mundo de felicidad, que lo envuelve en las ensoñaciones de su ser ahí contemplado. La ensoñación entregada al lector le permite preguntarse por su ser en soledad, ese espacio verdadero, reservado para vivir en el esplendor de su ser mismo. La imagen que se presenta no completa debe ser reinterpretada por el ser ahí, en su existir diario: es la realidad. Ella ofrece la posibilidad de ser contemplada, llámese árbol o ave, exige un contemplarse en asombro como realidad existente. La imagen siempre esconde algo, no se muestra plena, algo queda suelto, algo queda oculto, ese algo es el que el ser en libertad se dispone a entender durante el proceso contemplativo.

Según Zambrano (2005), el poeta se reduce “(...) para siempre al asombro primario ante el universo, ante su belleza y su luz fugitiva” (p. 61). A partir de este asombro crea un puente hacia el otro, sin exigir justificaciones ni procedimientos llegan al destino natural previsto en el ser del hombre. El asombro llega en el instante preciso donde la verdad se vive. El razonar poético no busca verdades absolutas ni permanentes, las busca finitas como el hombre mismo, durante la lectura lenta y dulce de un poema que reclama asombro para vivir la imaginación en libertad. El deseo natural del ser a descubrirse en imágenes poéticas leídas lo invaden y lo obligan a sentirse, deslumbrarse en imaginación. El paraíso lo lleva adentro, la angustia sucumbe ante la alegría respirada en ese instante de ensoñación.

Ahora bien, para Zambrano (2005), “(...) el poeta vive enamorado del mundo, y su apegamiento a cada cosa y al instante fugitivo de ella, a sus múltiples sombras, no significa sino la plenitud de su amor a la integridad” (p. 70). El pensamiento sin explicación coherente lleva al hombre a través de simbologías, ellas una vez sentidas lo sitúan en ese instante. La percepción termina siendo el pretexto de un sentir que recoge pensamiento de la consciencia, imágenes, situaciones fortuitas que buscan explicar el mundo del poeta. Imágenes con plasticidad visual que en respetuoso silencio rompen la pesadez de una existencia mundana cansada de apariencias. El poeta aspira transitar por la consciencia donde el tiempo y la muerte, dos momentos que no se alejan del ser humano, se desviven desde sí para hacerse realidad en la libertad del ser. La poesía es entonces, un estar dispuesto a dejarse afectar y doler, abierta a la alteridad: transforma. No es una preparación a un cambio, es un transformarse en el silencio que acontece a la palabra. Es una transformación que irrumpe, llega sin avisar, en silencio, es la oportunidad de viajar hacia una encrucijada. Es un viaje totalmente incierto hacia la sabiduría de lo cambiante. El ser humano llega al mundo sin palabras, las recoge en el caminar cotidiano, vivir es estar expuesto a la palabra, a frases que narran la existencia, finalmente las deja en el instante mismo de la partida. Con la muerte esas palabras transformadas quedan y tendrán otro dueño, nunca serán palabras huérfanas. Es lo incierto lo que prepara al ser humano para lograr la calma ante la certeza de ser finitos.

La ciudad del filósofo está construida sobre el terreno de lo racional, siempre en movimiento horizontal hacia una verdad absoluta. En su vivir, en ocasiones, se aleja del instante arrastrando textos ajenos y experiencias estrechamente conectadas con teorías universales. La posibilidad de la razón poética, como esperanza, para lograr conocimiento finito es poco usada por los pensadores, a excepción de algunos, entre ellos María Zambrano, que abiertamente le apunta a

que ambas formas de pensar, logos y razón poética, son válidas y que en el camino del existir conviven sin violencia alguna, pues ellas se unifican en diario sentir del ser humano.

La ciudad del poeta no tiene puertas, ni ventanas, carece de muros, son espacios abiertos, los objetos están allí sin un orden preestablecido, es espacio abierto por donde viaja el espíritu en libertad. Las sensaciones del poeta gritan desde su piel en exilio, para Zambrano (2005), “(...) el poeta, lo tiene todo en su diversidad y en su unidad, en su finitud y en su infinitud” (p.72). Acepta la existencia, no huye de la libertad, busca liberarse de las cadenas, alimentando su instante de realidad y de conocimientos transitorios. La verdad absoluta no encaja en su espacio poético, habita caminos por donde su ser florece, espacios que no limitan, allí en deseable atención observan y sienten en reflexiva actitud, una razón poética que se conjuga con su profunda realidad, para construir nuevas interpretaciones, entregando palabras poco vestidas, que en libertad dan fe de su contemplación profunda. Además, el poeta pisa la piel, la transita, se sumerge en busca de la unidad mediadora que sin llevar a una verdad absoluta explica su mundo como sujeto finito. Desoculta de la realidad del filósofo lo sagrado para transformarlo en experiencia piadosa atenta a la mirada desapercibida de un lector que construye su existencia sin alejarse del dolor. En la sonoridad del aire, encuentra experiencias otrora lejanas, depositadas en la infancia, instantes que aún lo persiguen y lo aprisionan en noches imprecisas. La multitud enclavada en su cotidianidad, vive en exilio, lejos de la poesía, abrazada a distracciones, a gritos devoradores de ensoñación. Sin palabras que lo saquen del exilio en el que habita el ser, vive en incesante actividad en espacios sin sentido, su realidad alejada de la palabra poética es soledad en el bullicio.

Zambrano (2005), deja claro que para el poeta la palabra “(...) que significa la apertura total de una vida a quien su cuerpo, su carne y su alma, hasta su pensamiento, sólo le sirven de instrumentos, modos de extenderse entre las cosas” (p. 72). Ella surge desde la carne, dirige la

mirada a la luz encadenada al sentir, desde donde la verdad sin chocar con el logo perpetua la inmortalidad del alma. El poeta se prepara para la vida desde la palabra: “Una vida que teniendo libertad, sólo la usa para regresar allí donde puede encontrarse con todos.” (p. 72). La madura y la cocina a fuego lento en la pasión del cuerpo engañado por las sombras de sus propias creencias. Gracias a vivir entre hombres se prepara para comenzar a vivir, para ello procura desde los sentidos liberar el alma, realiza su conversión desde la palabra y en vida la disfruta sentida en el cuerpo. Las pasiones rescatan al alma, la llevan a la realidad, aquella desprendida de la envoltura, se ofrece para salvar las pasiones del germen venenoso de seres que alejan la palabra de las pasiones humanas.

Es posible concluir, desde el pensamiento de Zambrano, que el hombre cuando renuncia a su sensibilidad, se niega a transformarse. Su existir no llega a la totalidad. Su existencia es el caminar juntos, razón y palabra, hacia la vida y madurar la muerte, en el movimiento espontaneo de las pasiones, adentrándose en su angustia propia, pegadas a las pasiones a la carne. El lenguaje poético, es un no tiempo, es la suspensión temporal de la palabra en la finitud que permite vivirla en libertad.

3.3 Lenguaje poético: silencio que produce vida

La poesía como un acto consciente, según Zambrano (2000), es la necesidad de escribir lo que no se puede decir, es la armonía del silencio, la brevedad de la textura del asilamiento de las palabras que en ella intervienen. Es un silencio que ilumina la palabra y los espacios que se deslizan entre palabra y palabra producen un abismo de significación. El silencio es la pausa que hace al poema. Es el cimiento del significado, el preludeo en el cual descansa la palabra. Se apropia del

instante que la antecede, la transforma en acción, en presencia susceptible, creando en ella su propia naturaleza.

El hombre consciente de su finitud, fragilidad, insuficiencia, provisionalidad e insatisfacción, en palabras de la pensadora, adopta el lenguaje poético como palabra humana. Sabe que en ella no hay nada absoluto, como tampoco lo hay en la vida misma. Es esa finitud expresada desde el lenguaje la que entrega como testimonio sustancial de su naturaleza humana, de presencia inquietante. En ella se evidencia la posibilidad del otro, de su diferencia. La finitud muestra la alteridad, como alteridad individual y como la alteridad del otro.

Cuando el hombre comprende su finitud, teniendo claro que antes no era y que después de un tiempo no será, establece relaciones con su ser ahí sin angustia y en gratitud permanente, su ser ahí vive en libertad. Como lo menciona Hannah Arendt (1993), el hombre no viene a la tierra para morir sino para comenzar. El hombre vive en la tensión que se genera entre su ser y su tiempo, crea posibilidades a partir de otras posibilidades para lograr una vida con sentido.

El silencio como parte de la palabra, posibilita lenguaje, dice algo, muestra aquello que puede ser portador de silencio y en muchas ocasiones fuente de angustia, “En cada vida hay algo que queda sin ser vivido, al igual que en cada palabra hay algo que permanece siendo inexpresado” (Agamben, 1989, p.75). El silencio ante la imposibilidad de dominarlo, inquieta y como portador de finitud, es presencia inquietante en el ser humano.

La naturaleza humana es cuerpo y alma, la existencia las une, no existen separadas. En *Fedón* la interpretación de la muerte es el instante en que se libera el alma, ha estado encadenada: prisionera. ¿Porque pensar en una liberación después de la muerte? Ella debe ser a cada instante un sentirse libre y es que para Zambrano (2005), “(...) el poeta es fiel a lo que ya tiene... nos muestra que es más que humano lo que en su cuerpo habita” (p. 27). El cuerpo no es una prisión, por el

contrario, es el espacio poético para su existencia en plena libertad, asociada al sentir de las pasiones humanas, entregadas por la naturaleza para ser disfrutadas. El hombre no creó las pasiones, ellas han existido desde el origen, creó la palabra para nombrarlas. En su habitar poético las pasiones salvan al hombre de ser convertido en instrumento de la razón: “(...) la belleza que late en lo sensible, la belleza de que se enamora el poeta sin lograr eternizarla. Y el alma de la que el poeta solamente pinta la agitación pasional.” (p. 38). Entregan al alma conocimiento para liberarla en vida.

Ahora bien, para Zambrano (2005), la poesía “(...) es sentir las cosas” (p. 77). Es por ello que las palabras entregadas por el poeta son para sentir su belleza, gozar la existencia al percibir las cualidades sensoriales de las cosas. Sentir y valorar, son aparentemente independientes, sin embargo, cuando se logra sentir es inmediata la valoración de lo sentido. Es allí cuando se descubre y se enriquece la experiencia de la sensibilidad espontánea del ser humano, la cual no requiere de largos tiempos, ella solo requiere del ser ahí, en ese instante presente, que es el único hogar permanente y seguro en el que el ser ahí puede vivir su existencia finita. Las palabras viajan hacia el interior con entusiasmo y sin censura, ellas tienen su propia sonoridad, sufrimiento, voluptuosidad, dolor y alegría, descienden hasta descansar en reposo, lejos de las tormentas que crucifican el alma.

Mientras poesía y filosofía luchan por articular cada una su propio lenguaje, el pensamiento las une en la intimidad de la palabra. La razón poética de Zambrano teje lazos de fácil unidad. El ser descubre reposo en el mundo que desea vivir sin drama, con historia hecha de lentitud, desencuentros, rupturas e incertidumbres encuentra elementos que hablan un lenguaje poético, que le permite sentir la palabra como conductora de pensamiento, como aquella que recrea desde la luminosidad que genera el lenguaje que incomoda, estremece y despierta lo imprevisible. El poeta

arrastra dramas, su pesadez hundida en abismo abierto expresa voluntad rozando de forma íntima la nada, esa nada que converge en el ser, como lenguaje del alma. La poesía como lenguaje aborda desde la naturalidad la esencia del ser, haciendo que ese ser desamparado alcance momentos deslumbrantes. La conexión cuerpo – mente trascienden las sensaciones que se presentan en el diario vivir. La existencia finita es una oportunidad de un comenzar, abordando el devenir de la realidad con actitud crítica orientada a desarrollar una experiencia de vida creadora de conocimiento. Este es una experiencia de vida que lleva al ser a una reconciliación con su ser ahí, en la pulsación de cada instante de presencia le ofrece un profundo sentirse.

La poesía habita en la finitud del ser, construye la vida humana desde la hermenéutica de su temporalidad. La palabra poética como escultura narra en asombro los fenómenos que esculpen los paisajes de la realidad del ser, “(...) es una agudización extremada de la conciencia del poeta” (Zambrano, 2005, p.77). La temporalidad la concibe el poeta como su esencia. Es su espacio en el ahora, el mismo tiempo de su ser ahí. Espacio y tiempo se funden en el instante, se entregan para ser sentidos por el ser ahí, en la realidad que está al alcance de los sentidos y es, finalmente, la única que interesa. La finitud es la oportunidad de encontrar en la palabra poética el silencio que produce vida. Es hacerse consciente de que vivir es un devenir, un eterno comenzar sintiendo a cada instante la vida del ser ahí. La vida no es un ir muriendo, por el contrario, es un romper la ausencia que asedia, construyendo la realidad del ser ahí en libertad. Esta es un estado que le permite al ser humano reconocer y comprender el fin que le da sentido a su vida. Comprenderse es conocerse a sí mismo y tener la voluntad de abandonar todo lo que lo que obstaculiza y que le impide vivir la libertad. La libertad a partir de, a base de, es el verdadero esfuerzo de la vida, ella como vía de comunicación es el cause que renueva el ser y lo lleva al otro, pues ella es participativa, exalta y crea la existencia como condición desde el ser. El espíritu del ser humano se potencializa

en libertad, alcanza su plenitud, es un dejar hacer que permite trascender, aceptarse para elegir lo mejor para sí mismo en armonía con el otro. Libertad es camino entregado al hombre en conocimiento finito, es lenguaje que llega al humano íntegro, que le adviene al alba para renacer y sentir la existencia, es el volver al camino cada vez que se fracasa.

Para la pensadora, la razón poética es una labor de destrucción, que de forma alegre y salvaje pretende liberar al hombre de sus cadenas mentales fruto de vivir en la dualidad razón – sensación. Es deber de la filosofía y la poesía subsanar esta falencia para que surja el rostro humano verdadero. ¿Cómo realizar esta labor de demolición, para abrir un nuevo camino? Un pensador que inició el caminar hacia una posible respuesta fue Nietzsche, para quien el hombre debe arrancarse las máscaras que tienen rótulos del bien y del mal, de aquellos valores entregados por la filosofía desde Sócrates, para volver al yo originario, a la pureza inicial, la que no estará asociada a ninguna idea. En ese momento volverá la vida, sin nada diferente que la contenga que la voluntad de poder, esa voluntad que hace pensable el ser: “el delirio del ser humano por convertirse en divino, es decir, por dejar de ser un menesteroso y librarse del padecer inherente a la vida, en definitiva, por eludir la condición trágica que lo constituye” (Maillard, 2003, p. 137). Se trata de humanizarse, abrirse hacia lo humano por medio del delirio, lo sagrado que sólo le llega al ser humano desde el lenguaje poético, para un vivir en libertad.

La existencia es inseparable del ser y de la libertad, sin embargo, el ser no le es dado al hombre, sino que se da, ocurre, deviene, debe ser tomado, poseído. Es por ello “(...) que, para Zambrano, será desde el cuerpo, el delirio y la angustia, que el ser humano construye, crea, se hace humano, se relaciona con el mundo” (Rivara, 2003, p. 63). Nacer no es suficiente, es necesario renacer para que exista apertura como posibilidad a través de la palabra, como diálogo que nombre lo sagrado, realidad develada, el hombre se rehace mediante la palabra.

El ser humano tiene que hacerse el mundo, su mundo, un lugar habitable sin centro, donde el dúo razón – sentir habitan desde lo humano

es el develamiento del espacio de lo sagrado, que el ser humano funda desde el delirio de su insuficiencia originaria, desde su angustia por saberse finito, frágil y carente. Es desde su *conciencia* de la finitud que ha de arrojarse, lanzarse y hacer del mundo su lugar, desocultar y transformar lo sagrado en lo divino; es decir, preparar la realidad para que ésta se diferencie, se manifieste y lo real surja, se devele, se *le* devele (Rivara, 2003, 65).

La incompletitud genera la necesidad de comprender la realidad y hacerse un mundo humano, enfrentando el ser y la nada, viviendo en el asombro conscientes de la finitud y la libertad que permite el poder ser. El hombre incompleto busca donde habitar, crea un espacio que le permite comprender la realidad en diálogo con el otro. El poeta recrea su rehacerse, su ser como realidad sin pretender juzgarla, poetiza su vida al desplegarla hacia sí mismo, haciendo de ella camino de él mismo. Su poesía no busca reconocimiento del otro, pretende desplegar el reconocerse del otro en ella, haciéndose participe de su temporalidad.

La imagen le da valor a la palabra, la transforma haciendo de la razón poética de Zambrano un espacio de libertad, cada vez que es leída la palabra, el instante de creación es tiempo provocado en constante búsqueda del ser. Lo humano se refleja en la oscuridad como acción de voluntad. Surge algo nuevo que media entre razón y sentir para dar lugar al sentir que origina la palabra libertad. La poesía destruye las formas, las entrega en armonía para humanizar al ser. Viaja en la palabra que es memoria, tiempo traído que la evoca, la revive, la invita sin arrogancia a salir del silencio para volverla esencia en la temporalidad del ser, como fuego que libera sin escapar de los límites transitorios de la verdad. Poesía y cuerpo como experiencias creadoras se abren en tiempo al lenguaje para lograr la libertad del ser. El poeta busca la vida, anuda la existencia a la palabra que transmuta hacia valores forjando para sí conocimiento de su realidad, extrae de la palabra belleza, expresiones de verdad reposadas, verdad que acontece para poetizar su existencia. La

palabra llega con resistencia, ausencia, en silencio liberador da lugar a la transformación de la realidad. En ella siempre habrá un sentir envolviendo el ser.

La realidad posibilita la palabra, la dinamiza hasta tejer un significado que la lleva a la acción en libertad. La poesía como creación humana inquieta, seduce, explora el campo de riquezas del ser, haciendo que su naturaleza subjetiva como acto de vida consciente sea vivida en positividad. En palabras de Zambrano (2005), “(...) es puramente reflejante; limpio espejo el hombre, en su razón, del ordenado mundo, reflejo a su vez de las altas ideas” (p. 20). La palabra poética como espacio, se concentra en el ser, aprende a morar en cada hombre, en su intimidad se convierte en un juego equilibrado abierto al mundo hasta trascenderlo: “(...) la poesía contemporánea ha puesto la libertad en el cuerpo mismo del lenguaje. La poesía aparece entonces como un fenómeno de la libertad”. (Bachelard, 2000, p. 15).

La poesía devuelve la libertad al lenguaje humano, lo vuelve diálogo. El hombre es diálogo, “que en la palabra esencial se hace patente lo Uno y lo Mismo en que nos unificamos, sobre lo que fundamos la unanimidad, lo que nos hace propiamente uno mismo. El diálogo y su unidad soporta nuestra realidad de verdad” (Heidegger, 1989, p. 26). Expone, amenaza, asedia, une, es un conjuro que hace real lo que se nombra; las cosas aparecen, se precipitan en fértil libertad con existencia propia, lo que eran palabras fluyen en diálogo en libertad suprema.

La razón poética de Zambrano también es conciencia, pero es conciencia que escucha las entrañas, va al interior oscuro y desconocido, y amenaza con rebelión, salir de la inercia para conocer la vida, sentirse amarse al conocerse. Las sensaciones, ese espacio del no-ser son palabra en tránsito aclarándose. Ese no-ser es el conocimiento del sí mismo sintiente, entregado, donado por la naturaleza, no cansa, no decae, ama conocer y sentir el tránsito de la vida en complemento con la razón. Razón y sensaciones no se rechazan, son las dos caras de la misma moneda, por donde

se miren entregan conocimiento, uno duradero y otro pasajero, este último un resplandor de la realidad de cada instante.

La razón poética de Zambrano es una síntesis, es un saber de experiencia y reconciliación, empeñado en conocer las formas íntimas de la vida, de explorar la vida toda y para ello, para hacerlo, no renuncia a ninguna facultad del hombre, de ahí que acuda a la poesía, la filosofía y la historia (Pachón, 2022, p. 157).

Dicho en palabras de otro pensador “Hay, por lo tanto, en la razón poética un encuentro entre el esfuerzo discursivo, racionalizador y la dación graciosa de un intuir que se hace presente en la razón.” (Ortega, 1994, p. 67). La razón poética es un “(...) sentirse aludido en todo sentir” (Zambrano, 2004, p. 184). Los sentidos le permiten al hombre ir al centro, es un descenderse a través de la palabra, rescatando con arduo esfuerzo todos los sentires, sin encasillarlos, dejándolos deslizarse como un tesoro transparente de intimidad. La razón poética es conocimiento originario que ilumina las entrañas, a diferencia del logos filosófico que es conocimiento social, fuerte y duradero, creado para vivir en sociedad, para que ese animal original que habita el ser sea controlado y la vida en comunidad tenga como base la justicia y el bien común.

Para Zambrano, el sentir en el hombre es camino, es un tratarse con la realidad sin discontinuidad. El sentirse es permanente, es conciencia de vivir el cual mezcla el conocimiento objetivo (cuantitativo) y el sintético (cualitativo) para descifrar el sentido de la vida. La lógica no se opone al sentir, es su complemento. El origen, la pregunta, nace desde el sentir, es en ese instante donde se evidencia que el hombre tiene una razón múltiple (logos filosófico y logos poético) que ordena lo sentido, lo surgido hacia la totalidad del análisis de la razón. No se debe pensar que existen varios métodos para lograr conocimiento, en palabras de Zambrano: “No hay método ni dialéctica, sólo tránsito” (Zambrano, 2004, p. 77).

El universo está provisto de orden, es belleza dispuesta en armonía, para ser vivido sin angustia y de forma ilimitada. Desde el orden mismo la vida es un aliento hacia lo sagrado, no

hacia un dios en particular, sino hacia la bondad, hacia lo sensible que es sentir en descubrimiento. La vida siendo también cualitativa se descubre a la diferencia para vencer el tiempo y descubrir lo bienaventurado de la conciencia humana.

La razón poética de Zambrano afina los sentidos, se desliza a lo ancho y largo de la razón, llevando el sentirse de las entrañas hacia la palabra. Ella es conocimiento que surge de la intuición. “El pensamiento abarca más de lo que se entiende por intelectual. O bien el pensamiento es sentir; y dentro de este genérico sentir, anhelar y esperar” (Zambrano, 2004, p. 118). El poeta tiene la calma para escuchar palabras oscuras, humanas, vencidas cobran realidad; desciende con ellas a su infierno, humillado, las siente más allá de él. Así alimenta su pensamiento, lo convierte en actitud, en instantes imprevisibles que hacen del naciente logos emanación; logra dirigir su vida con un propósito: Ser.

La oscuridad alberga luz, no pasiva, que se logra ver creando, convirtiendo las palabras en logos, en palabras logradas desde lo sensible. Desde las entrañas mismas se repliegan para entregarse en plenitud “hacedoras de orden y verdad” (Zambrano, 1986, p.83). La palabra desde su origen carnal “si parte hacia arriba no se pierde de vista, y si huy hacia el confín del horizonte no se desvanece ni se anega. Y que si desciende hasta esconderse entre la tierra sigue allí latiendo, como semilla” (Zambrano, 1986, p. 85).

Cada palabra se desprende de la palabra primera, se esparce, se sostiene y se recoge en unidad hasta entregarse como regalo. Ella anida en la vida, alumbra un sentir cualitativo impregnado de felicidad.

Los conceptos en la filosofía es algo presumido “ya lo mostró Nietzsche y lo recoge Zambrano en su pensamiento, se convierte en un molde, en una forma que encausa lo disímil y lo introduce y lo acorrala en lo que no cabe” (Pachón, 2022, p. 179). El concepto que pretende ser

universal puede terminar siendo algo vacío, si bien la razón es colectiva, no es posible pretender que los conceptos sean universales, este “(...) fuerza la realidad, la somete y, lo que es peor, reduce el pasional mundo que es el hombre” (Pachón, 2022, p. 179). El concepto está relacionado con la experiencia, la diferencia cultural y la multiplicidad de las formas de vida hacen que sea demasiado pretencioso aplicar los conceptos de forma universal en sociedades multiculturales como las actuales. Para Zambrano el concepto “siempre será un carcelero, un verdugo que bajo su pretensión de universalidad y de unidad, niega y oculta, violenta, la vida misma” (Pachón, 2022, p. 179). El poeta no renuncia a la experiencia, hace un llamado a ellas en su vivir diario para trascender el concepto prefigurado, ese que genera el desencanto del mundo. El concepto impone una realidad creada, hace que el hombre renuncie a la realidad incapaz de salir del molde impuesto, deja de luchar. La razón poética desde la experiencia, sin ataduras, entrega conocimiento en la unidad que desea el hombre: claro y transparente. Escucharlo permite desocultarse, evidenciar la luz en la oscuridad del origen.

Nietzsche fue necesario en el pensamiento de Zambrano, en él encontró el insumo para construir un nuevo tiempo para la vida, “un hombre íntegro” (Pachón, 2022, p. 219). Zambrano en su texto *Horizonte del liberalismo* escribió, el hombre necesita

una afirmación de la vida, desconfianza de la razón, valor moral de todo lo que es aumento de vida, superación constante, aprovechamiento del dolor en beneficio de los valores positivos, heroísmo del individuo como encarnador de los valores vitales... Nietzsche en fin, o algo de él (Pachón, 2022, p. 219).

Lo humano, lo que hace al hombre humano son sus pasiones, lo llevan a empalmar la razón con lo sensible. Es allí desde donde el ser conoce algo de él; la vida continúa atendiendo su mundo interior. El dúo razón – sensibilidad unificados desde lo humano, es para Zambrano el comienzo de un conocimiento nuevo que alude la congruencia de razón e instintos, su consolidación será siempre una síntesis que alborea la verdad.

Conclusiones

María Zambrano resucita la disputa filosofía – poesía e inclina esta vez la balanza hacia la poesía, en cuanto ella “(...) nació para ser la sal de la tierra y grandes regiones de la tierra no la reciben todavía. La verdad quieta, ...todavía no la recibe... el logos se hizo carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad” (Zambrano, 2005, p. 16). Estas dos formas de conocimiento, por senderos independientes son incompletas; en la filosofía existe el hombre universal, en la poesía se encuentra el hombre en su individualidad. La filosofía es búsqueda, método; la poesía es hallazgo, un encuentro desde la gracia.

Ahora bien, para esta filósofa, el pensamiento situado en el hombre, en el abismo de la nada, mantendrá su existencia en lo humano, mientras la poesía vivida en el ser, mantendrá su existir en lo divino, logrando así la existencia humana el dualismo imperfecto de lo humano y lo divino como ha debido ser desde el principio. El lenguaje muestra la realidad de la existencia diaria, visible, temporal y, disperso en lo efímero, participa de la verdad poética. El conocimiento con su presencia despierta, asiste al hombre en su realidad y, así como la felicidad y la muerte, está allí sin ser percibido, llega al ser en el instante de descubrirse a sí mismo.

Las palabras generan asombro, permiten transformar, evolucionar y traspasar fronteras, mediante la comprensión de horizontes que están en su aquí. “El pensamiento, al expresarse en una imagen nueva, se enriquece enriqueciendo la lengua. El ser se hace palabra. La palabra aparece en la cima psíquica del ser. Se revela como devenir inmediato del psiquismo humano” (Bachelard, 1994, p. 11). Ellas en diálogo posibilitan sentir la esencia del ser. Como origen, crean desde el lenguaje poético la necesidad de ir hacia la trascendencia del ser. Desde un conocimiento finito, no duradero, ni universal, crean vínculos capaces de transmitir sensaciones, permitiendo a los hombres convivir consigo mismo y con los demás, en un escenario donde el lenguaje es el mediador, el

puente que permite unir las orillas de dos seres: “es la casa del ser. En su morada habita el hombre” (Heidegger, 1945, p. 11). La imagen precede al sentir y este último humaniza al ser desde la posibilidad de pensamiento como lenguaje. La palabra hecha poesía, permite el intercambio de sensaciones, crea conocimientos y vínculos humanizantes entre los seres, dando sentido a la existencia humana. En palabras de Gadamer (1992): “El conocimiento de nosotros mismos y del mundo implica siempre el lenguaje” (p.147).

Según Zambrano, el poeta se alejó de la interrogación y optó por buscar lo cercano, lo que sus sentidos le traían ante sí. Este observa, toca, escucha, siente su interior, ese que se le aparece en sueños, en fantasmas, en miedos, en alegrías, en realidades que mezcladas construyen a cada instante una existencia donde todo puede ser posible. El poeta sin miedo y sin temor a la nada, se consume, se dispersa hasta encarnarse en el poema y alcanzar la unidad. El gusto y el placer que produce la poesía, no está en las apariencias o en las imágenes creadas por el poeta, está en la imaginación creada desde la palabra al ser leída y entendida. Ella no tiene por objetivo llevar al hombre por caminos de realidad cotidiana, ella, por el contrario, debe llevarlo hacia la inestable y evasiva realidad y ello se logra sintiendo el silencio, ese instante desde donde todo fluye. La palabra poética no busca duplicar la realidad, ella conduce a su presencia y le permite al hombre desmarcarse de la realidad para hallar su lugar en ella. La palabra poética transparente, libera, tiene como función verdadera: conocimiento.

El pensamiento de María Zambrano pretende recuperar la heterogeneidad, lo sensible que existe en el centro, desde el origen mismo del hombre, mostrando que existe otra forma de lograr conocimiento que no riñe ni está separado de la razón, por el contrario, su existencia: “la poesía será todo menos renuncia del mundo, del devenir, de la realidad” (Pachón, 2022, p.114). La poesía no escinde la realidad, la vive de forma plena, sale a flote para mostrar que construye pensamiento

desde el lenguaje sentido. Ella permite pensarse desde la confrontación que estremece el escenario de la cotidianidad, haciendo de ella el punto de partida que lleva a la comprensión de la vida, pues en su describir y replicar lo que acontece, encuentra respuestas a las preguntas de lo sucedido, lo que sucede y lo por suceder, en un universo donde todo es posible; la realidad sale al encuentro del conocimiento que llega al hombre de forma gratuita.

La razón poética de Zambrano, carece de linderos, ella emerge, se integra al ser humano, no para salvarlo, si no para llevarlo a la intimidad de lo humano. Es permitirse la posibilidad de nuevas y múltiples experiencias, cercanas y posibles a la realidad de lo humano. Es romper palabras para hacer visible y sentida de la capacidad creadora del ser, gozar la vida, sin dañar al otro, por el contrario, multiplicando su existencia al compartir conocimiento que unifica desde la diversidad de lo diferente, la existencia de los seres humanos. Para Nietzsche (1977), el gozo está asociado a crear pensamiento desde el arte, “ver la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la de la vida (...)” (p. 28). Esto permite transgredir, romper la tradición racionalista impuesta y crear sueños, desde la existencia aparente, capaces de entender y comprender lo humano para ser transformados, como una actividad metafísica de la propia existencia.

El dúo, razón - sensaciones, le permite al hombre apreciar el mundo que lo rodea, lo acompaña en cada instante de vida y le entrega motivos suficientes para crear y recrearse en su mundo. La razón como unidad pura y la imaginación como heterogeneidad, le dan vida al espíritu, permitiendo un cuestionamiento permanente acompañado de una mirada profunda del ser. El conocimiento racional no alimenta de forma total al ser humano, este es parcial, la parte sensible, sin entregar respuestas intelectuales, renueva al ser en el mundo, le entrega energía y fe para actuar es su espacio de realidad. El hombre debe vivir en el dúo razón – sensaciones y es allí donde la razón poética de Zambrano entrega la otra parte de satisfacción, la vida debe ser vivida en todas

sus dimensiones, el saber debe estar soportado en la comunicación efectiva del conocimiento que haga a los seres comunes y participes de un mundo habitable para el ser ahí y el otro también presente en su allí.

La palabra poética conmueve, invita, sorprendente y consuela. Es una bella armonía de dos opuestos, en el cual siempre habrá razón y pasión, antítesis que están en la piel del poeta. La poesía crea el instante al violentar el tiempo horizontal, tramando, teje nudo a nudo en la oscuridad de su propia luz, sintiendo la dualidad del ser el pensamiento se eleva o se hunde, está vivo para liberarse sin desviación alguna.

El tiempo del ser ahí es el instante. En él se prepara el ser para su devenir, activa su intuición como máxima cualidad temporal. El instante es el habitar en la temporalidad de una realidad ofrecida en íntima consciencia. El presente, sintetiza la duración del instante, funde dos adverbios: lugar y momento, en el poder del ser ahí. Sin embargo, el instante carece de valor, no es nada, si no acoge el devenir como propio y necesario.

La poesía, para Zambrano, tiene alma matérica, vida propia, deja las huellas del poeta, es tiempo y es espacio, en ella las cosas tienen su propia existencia, la cual interviene la existencia de otros. Ella trae consigo las huellas de los ausentes. Las voces de todos aquellos que ya la han leído quedan en el ambiente, sus gestos se escuchan, resuenan sus palabras rayadas y marcadas. Cada vez que se vuelve a leer aparecen nuevas marcas, lo marcado y rayado, antes, ha desaparecido, el ser humano a cada momento se renueva, su ser ahí se modifica en el sentir de cada instante.

La poesía, nos dice Zambrano (2000), es tiempo que aún no ha llegado, pero se rememora, ella capta la realidad mediante las palabras más allá del tiempo: “La poesía primera que nos es dado conocer es lenguaje sagrado” (p. 45), palabra sagrada activa. El lenguaje le permite al hombre captar los niveles de realidad que existen, así sea por un instante ese saber experimentado muestra

al hombre su condición finita, mortal. La poesía construye la realidad del hombre, recupera espacios para que sean sentidos, dejando de lado la angustia de su ausencia. Por ejemplo, es a través de la mirada que se revelan destellos de certeza que permiten comprender lo verdadero al contemplar sin prejuicio alguno. La poesía es la palabra incandescente encontrada en una existencia que también es propia.

Es posible hoy entender que poesía y filosofía son dos ejemplos puros de creación con la palabra, están unidas y están logrando al parecer dar esperanza a la vida real, el alma unida al intelecto, se nutren una de otra: “(...) las dos son la fusión de disparidades antagónicas; las dos, apaciguamiento en que los más secretos anhelos se aplacan y la vida encuentra su adecuado espejo” (Zambrano, 2000, p.56).

El vacío que existe hoy en el ser humano, lo alberga el corazón, lo sostiene y le busca un fluir en aquellos instantes subjetivos de existencia, cuando la razón descansa, cuando no se necesita un extenso análisis objetivo para sentir el aroma de la vida. El corazón danza alrededor de la razón mostrando que allí también se alberga la vida, ese fluir de la danza lleva adentro la imagen propia de cada ser, de cada uno como universo único, sin la extinción de la razón el corazón ilumina la vitalidad original de cada ser, su imagen real de la vida.

La palabra poética descubre el mundo habitado, para transformar la existencia dada. Signos y símbolos lo codifican para que el hombre viva en su ser ahí: “Poesía es, pues, fundación del ser por la palabra” (Heidegger, 1989, p. 28). Es lenguaje como energía viviente que circula por las subjetividades creadas por el poeta, en el habitar de su propio lenguaje.

Las decisiones que en la cotidianidad toma el ser humano, para hacerse a sí mismo, están regidas por las creencias, por convicciones arraigadas que constituyen su mundo racional propias de su racionalidad. Se considera que una idea es buena cuando después de interpretada le

proporciona una respuesta a la realidad. El hombre no comprende la realidad absoluta, solo tiene acceso a un retazo de ella, es en ese espacio en el cual interpreta sus ideas para construir su tejido de creencias, estas son la forma primaria de percepción de él mismo y del mundo que lo rodea. Metafóricamente, según Zambrano (2000), el hombre hace el nexo con la realidad para tomar conciencia de sí mismo, de forma provisional pero regulada: “La primera conciencia que el hombre adquiere es la que podríamos llamar conciencia poética en que la enajenación toca a una cierta identidad” (p. 162). El lenguaje común es el que está lleno de metáforas, es aquel que se usa en la cotidianidad y que renuncio a la fórmula sistemática, usada en la filosofía, para orientar y cuidar a los hombres, ella como revelación forma parte de la cultura.

La razón poética de Zambrano no es una capacidad deductiva, es la capacidad de intuir acerca del ser, hacer fecunda su existencia, adentrándose en sus infiernos, invita a intuir la verdad como evocación simbólica que muestra tranquilidad, fuerza y belleza. Ella es en esencia inexacta, ambigua y metafórica. Vive en medio de una multiplicidad cambiante, frente a una realidad que no busca cambiar en nada. Su intención es de apertura, de transmutación, un dejarse llenar de todo lo creado sin resistirse a nada, quedarse vacía para que todo habite ella. Ella protege y multiplica la energía vital de la palabra que sale a la luz, desde la consciencia oscura del hombre, susurra para penetrar las entrañas hasta dejar un germen de palabra.

Logos filosófico y logos poético se producen de la misma raíz: la palabra. De “(...) esta síntesis surge la razón poética, que es la unión de intuición más razón, también de pasión y de razón” (Pachón, 2022, p. 157). El conocimiento poético es gusto, tacto, es la donación de los sentidos al vivir del hombre, al no existir análisis este se recibe en unidad, es una síntesis que no renuncia al saber cómo intuición. Es un intento desplegado y sustancial que sale del centro, del interior, del origen y que va más allá de las entrañas. Es un elegir del hombre hacia sí mismo,

convertido en sabiduría no es ciencia, al no ser fragmentado carece de violencia. El sentir original ilumina las entrañas, es un sentir que se expresa desde la palabra misma, la cual transparenta la intimidad, haciéndose consciente en la razón hacia un sentir fluyente. Es una existencia sin un foco inquisidor.

El logos poético existe desde el mismo origen, no es una nueva forma de lograr conocimiento, es el conocimiento que le ha dado tránsito a la existencia del hombre, a la vida misma expresada en la razón. El ser humano en su vida cotidiana busca sacar lo oculto a la luz, dejar de ensanchar lo desconocido alimentándose de un sentir iluminado que traspase la consciencia lógica. La propuesta del pensamiento de Zambrano es mostrar que pensar y sentir coexisten sin fronteras en el tránsito de vivirse abierto a la sensibilidad disponible como revelación, como un dejar verse.

La vida no es un ir muriendo, por el contrario, es un romper la ausencia que asedia, construyendo la realidad del ser ahí en libertad, que es, a su vez, un estado que le permite al ser humano reconocer y comprender el fin que le da sentido a su vida. Comprenderse es conocerse a sí mismo y tener la voluntad de abandonar todo lo que lo que obstaculiza y que le impide vivir la libertad. La libertad a partir de, a base de, es el verdadero esfuerzo de la vida, ella como vía de comunicación es el cause que renueva el ser y lo lleva al otro, pues ella es participativa, exalta y crea la existencia como condición desde el ser. El espíritu del ser humano se potencializa en libertad, alcanza su plenitud, es un dejar hacer que permite trascender, aceptarse para elegir lo mejor para sí mismo en armonía con el otro. Libertad es camino entregado al hombre en conocimiento finito, es lenguaje que llega al humano íntegro, que le adviene al alba para renacer y sentir la existencia, es el volver al camino cada vez que se fracasa.

La poesía ubica al ser humano en su lugar, lo acerca a las cosas, habitar desde el sentir poético es existir en su propio fundamento. Lo lleva de forma voluntaria a habitar en la imperfección, en la cima de lo maravillosamente inacabado. Ella es verdaderamente conciencia de la precariedad y fragilidad de la existencia, conciencia de aquel que se sabe suspendido entre un abismo y su propia muerte. Ella supera la conciencia ordinaria y engrandece lo mundano de la existencia, denunciando la superficialidad de la materialidad con hermosa sutileza y concreción, tensiona el yo perturbado del lector y lo reorienta por ese instante ensimismado de lectura, hacia la cálida sensación de existencia de su ser con el todo.

La palabra poética lleva al hombre a cuestionar su realidad. Lejos de crear dramas, existe para caminar hacia un espíritu nuevo, capaz de expresar la intimidad del ser y a su vez la vitalidad para pensarse desde una nueva realidad. Surge para crear nuevas búsquedas y nuevos conocimientos, en constante emergencia. El lenguaje encontró en la poesía la ruta de emergencia que lleva a una existencia saludable y a su vez la poesía pone en estado de emergencia al ser, entregándole píldoras diminutas de impulso vital en cada instante de realidad. La vitalidad llega al ser como un llamado a la libertad, a la apertura del espíritu a una realidad existente y dotada de sentido. Las imágenes creadas desde la palabra poética inundan al hombre, le dan la oportunidad de entender primero y luego comprender la realidad del aquí dado, no como concreto e inamovible, sino como frágil y cambiante como la vida misma.

Lo humano, lo que hace al hombre humano, son sus pasiones, las cuales lo llevan a empalmar la razón con lo sensible. Es allí desde donde el ser conoce algo de él. La vida continúa atendiendo su mundo interior, el dúo razón – sensibilidad unificados desde lo humano, es para Zambrano el comienzo de un conocimiento nuevo que alude la congruencia de razón e instintos: su consolidación será siempre una síntesis que alborea la verdad.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, J. (2008). *La razón poética. Una aproximación (María Zambrano y Heidegger)*. En: Aurora: Papeles del “Seminario María Zambrano”, No. 9. Barcelona.
- Agamben, G. (1989). *Idea de la prosa*. Barcelona, Península.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. México, FCE.
- Bachelard, G. (1975). *La llama de una vela*. Caracas: Monte Ávila.
- Bachelard, G. (1982). *La poética de la ensoñación*. México, FCE.
- Bachelard, G. (1985). *El derecho de soñar*. México, FCE.
- Bachelard, G. (1994). *El aire y los sueños*. Bogotá, FCE.
- Bachelard, G. (1996). *El agua y los sueños*. Bogotá, FCE.
- Bachelard, G. (2002). *La intuición del instante*. México, FCE.
- Bachelard, G. (2013). *Lautréamont*. México, FCE.
- de Santiago, L. 2004. *Arte y poder Aproximación a la estética de Nietzsche*. Madrid, Editorial Trotta.
- Dumoulié, C. (2022). *Literatura y filosofía. La gaya ciencia de la literatura*. Calí, ediciones Universidad del Valle.
- Friedrich, H. (1959). *Estructura de la lírica moderna*. Barcelona, Seix Barral.
- Gadamer, H. (1992). *Verdad y método II*. Salamanca, Sígueme.
- Gadamer, H. (1998). *Estética y hermenéutica*. Madrid, Técnos.
- Heidegger, M. (1945). *Carta sobre el humanismo*. Madrid, Alianza Editorial.
- Heidegger, Martin (1989). *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Trad. Juan D. García. Bogotá, Anthropos.
- Heidegger, Martin (2010). *Los himnos de Hölderlin Germania y El Rin*. Trad. Ana C. Merino. Buenos Aires, Biblos.
- Linding, Erika. María Zambrano (2009). *Pensadora de nuestro tiempo*. En: *La experiencia entre la filosofía y la poesía*. México, Plaza y Valdés.

- Maillard, M. (2003). *El Nietzsche de Zambrano*. En: Revista de la Sociedad Española de Estudios sobre Friedrich Nietzsche. pp. 131-139.
<https://revistas.uma.es/index.php/estnie/article/view/9114>
- Maillard, Ch. (2014). *La baba del caracol*. Madrid, Vaso roto ediciones.
- Maillard, M. (2018). *Novela y novelaría en María Zambrano*. En: Aurora, No. 19. Barcelona.
- Nietzsche, F. (1977). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid, Alianza.
- Nietzsche, F. (1992). *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza.
- Novalis (2017). *Fragmentos y anotaciones sobre poesía y filosofía*. Trad. Nicolás Trujillo. Santiago, Cuadro de Tiza.
- Ortega, J. (1994). *Introducción al pensamiento de María Zambrano*. México, FCE.
- Pachón, D. (2022). *La filosofía y las entrañas. El pensar viviente de María Zambrano*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Rivara, G. (2003). *Al principio era el delirio... Reflexiones en torno a lo sagrado y lo divino en la filosofía de María Zambrano*. Signos Filosóficos, núm. 9, enero-junio, 2003, pp. 61-79, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, Distrito Federal, México.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34300907>
- Scheler, M. (2002). *El puesto del hombre en el cosmos*. Quito, Editorial Kilón.
- Scheler, M. (1980). *La idea del hombre y la historia*. Buenos Aires, La Pleyade.
- Zambrano, M. (1955). *El hombre y lo divino*. México, FCE.
- Zambrano, M. (1986). *Claros del bosque*. Barcelona, Seix Barral.
- Zambrano, M. (2000). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza.
- Zambrano, M. (2004). *Los bienaventurados*. Madrid, Ciruela.
- Zambrano, M. (2004). *La razón en la sombra. Antología Crítica*. Edición de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Ciruela.
- Zambrano, M. (2005). *Filosofía y Poesía*. Fondo de cultura Económica. México.